

La Esfera



Año I * Núm. 24

Precio: 50 cénts.



RETRATO AL OLEO, por Gárate



*Lo mejor
para el pelo*

Petróleo Gal

Ehrmann.

Año I

13 de Junio de 1914

Núm. 24

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CÁMARA

DIBUJO DE GAMONAL

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Insigne escritor valenciano que, después de un largo paréntesis, vuelve á reaparecer en el mundo literario con la publicación de su novela "Los argonautas"

DE LA VIDA QUE PASA EL VERANO LLEGA...



Santander.—Vista del Palacio de la Magdalena desde la línea del tranvía del Sardinero

FOT. ALONSO

Se acerca el verano. Ya la Corte se ausentó de Madrid. El Parlamento celebra á escape sus últimas sesiones. Muchos teatros han cerrado sus puertas y las compañías que en ellos trabajaron, todo el invierno, andan ya por provincias y por tierras de América. Junio ha hecho su entrada en la capital de la Monarquía rodeado de una espléndida temperatura, como si nos lo enviara el Negus de Abisinia. Las mujeres han alegrado las calles con los claros y chillones colorines de sus blusas de seda. Surgió el crimen pasional con que todos los años la primavera se despide de nosotros..., este crimen pasional en el que generalmente queda entre sombras, indemne y desconocido, el único culpable. Las compañías de ferrocarriles anuncian los trenes baratos que han de llevar las gentes á las playas. En muchas tiendas madrileñas, se preparan ya los rótulos que han de fijarse en las puertas: «Cerrado hasta Septiembre». Y Madrid permanecerá tres meses en el sopor de su siesta veraniega.

Si en España tuviéramos fe en la veracidad y utilidad de la estadística, ninguna podría ser más curiosa, y acaso más interesante para los fines de Higiene y estudios de Economía, que la que deberían hacer el Ayuntamiento de Madrid y los de los pueblos costeros de este tráfago del verano. No se puede precisar lo que cada ciudadano libre gasta en sus andanzas veraniegas, pero podría calcularse, aproximadamente, la suma de millones que, desde el comienzo de Junio al final de Septiembre, salen de Madrid para desparramarse en la periferia. Es una reparación de la función absorbente que durante el invierno realiza Madrid en los bolsillos provincianos; es una desintegración, justa acaso, pero que perturba la vida económica de la capital.

En cambio de este daño, el verano va engrandeciendo las ciudades contiguas al mar. San Sebastián, primero, y ahora Santander, y muchos pueblecitos, en el Norte y en el Sur, esperan la llegada del calor, como la de un pariente generoso que viene de Indias con los bolsillos repletos, las manos sueltas y el espíritu alegre. En los periódicos que se publican en nuestra costa, no encontramos estos días más que proyectos de festejos, iniciativas de festejos y discusiones sobre festejos. Atraer forasteros que es lo mismo que atraer pesetas, es la preocupación actual de muchas poblaciones, desde Irún á Port-Bou, dando la vuelta á la dilatada periferia de nuestra Península. Y es admirable la monotonía de estos festejos: corridas de toros, fuegos artificiales, regatas y cucañas, iluminaciones, conciertos musicales en todas partes, y aquí ó allá unos juegos florales, un coso blanco, una pro-

cesión tradicional. En algún lado, sienten la necesidad de reír, á costa de algo grotesco, y organizan carreras de burros ó de hombres insaculados.

Hace quince años se encontró un día Eusebio Blasco sin bastante dinero para emprender su temporada veraniega y se pasó tres meses empleando la magia de su pluma en convencernos á todos de que en ninguna parte de la playa, del campo ó de la sierra, podía pasarse el verano tan cómoda, alegre y sanamente como en Madrid. Aquí están las florestas y boscajes del Retiro y de la Moncloa que no tienen par en España; aquí la umbría de Recoletos donde, con un poco de imaginación y un abanico, pueden gozar los sentidos como en el boulevard de la Concha; aquí teatros y tranvías donde pasearse, y horchata fresca y hasta regatas y cucañas en el estanque grande... En verdad, no faltaba, para un apacible verano, más que el Ayuntamiento organizase unos festejos á la usanza provinciana.

El comercio madrileño tomó en serio aquella propaganda del escritor admirable; de tal modo á la elocuencia y sugestión del ingenio peregrino del cronista, uníase la no menos admirable elocuencia de la tienda desierta, del cajón vacío y la dependencia quieta y amodorrada durante tres meses, que se llevaban cruelmente las utilidades acumuladas durante el invierno; se constituyó una junta, se reunieron fondos, se organizaron festejos y... apenas el calor apretó de firme y el asfalto de la Puerta del Sol comenzó á fundirse, convirtiéndose en muelle alfombra de fuego—que es uno de los grandes encantos de la capital—, las familias aristocráticas, y las burguesas adineradas y las ánimas apicaradas que en nuestro vivir han resuelto el problema de hacer con céntimos lo que los demás hacemos con pesetas, tomaron el tren y dejaron á Eusebio Blasco solo, paseando al amanecer por las florestas y boscajes del Retiro y la Moncloa, y al anochecer por las umbrías de Recoletos, y luego, hasta las tantas, de tranvía en tranvía, gastándose una fortuna en pasear de la Puerta del Sol á la Bombilla y de la Bombilla al Hipódromo. Al año siguiente, Eusebio Blasco se marchó á San Sebastián antes que acabara Mayo, temeroso de sí mismo, no le fuera á dar otra vez la ventolera de su flamante apostolado.

Y, sin embargo, en aquella broma literaria del mundano y espiritualísimo cronista palpitaba una tremenda realidad de la vida madrileña. No es cosa de andar con cifras y estadísticas engorrosas sobre estas satinadas páginas de LA ESFERA, toda amenidad, pero podría probarse con cálculos muy exactos, que Madrid gasta en su

veraneo de *cuarenta á cincuenta millones de pesetas*, que se desparraman por las playas del Norte, y que, en buena parte, se marchan al Extranjero. Sujetar esas pesetas que vuelan, que se van para no volver, que perturban con su ausencia el tráfago mercantil de la capital, que suponen para el comerciante letras protestadas, pagarés usurarios y para el obrero días sin trabajo, sería una verdadera obra social.

Debiera iniciarla el Ayuntamiento, construyendo cuatro ó seis balnearios, que, municipalizados, crearían una buena renta. Yo no sé si el vizconde de Eza se sentirá capaz de aspirar á la gloria imperecedera de un Caracalla, pero si su espíritu práctico desdeña esas vanidades del aplauso público á través de las centurias, piense sólo que para Madrid el tener baños buenos, bonitos y baratos debiera ser el más hondo, el más amplio y el más fecundo de todos los programas políticos. Edificar unas termas, por mármoles y jaspes que en ellas se empleen, no cuesta mucho dinero; el Ayuntamiento dispone de agua gratis y podría contar con gas ó electricidad para la calefacción por el mismo dinero que le cuesta alumbrar la ciudad.

Entre tanto se construyen esas termas, y los madrileños podamos nadar en grandes piscinas por poco dinero, ¿por qué no autorizarnos á zambullirnos á nuestro antojo en el estanque grande del Retiro? Hecho el ensayo de la navegación en aquellas aguas, con tan próspero resultado, ¿por qué no montar allí una casa de baños? ¿Parecería á nadie inmoral entre los árboles del Retiro lo que no es inmoral en ninguna playa?

Entonces sí sería posible pensar en que con festejos y músicas y luminarias, pudiéramos retener en Madrid á buena parte de los que se van. Ya que no es posible traer el mar á Madrid, finjámoslo de tal modo, que no sintamos la necesidad de correr en su busca. Porque hoy, huir de Madrid cuando llega Julio implacable, y hacer huir de las manos de comerciantes y trabajadores esos cuarenta ó cincuenta millones de pesetas, es una verdadera necesidad. Eusebio Blasco fué injusto con la mesocracia madrileña que escatima y ahorra durante el invierno para dilapidar luego sus pobres pesetas en un viaje al Cantábrico ó en un *botijo* á Alicante. Por eso fracasó su propaganda. Valdría la pena, sin embargo, de que el Ayuntamiento y la Cámara de Comercio estudiaran este hecho, porque de seguir así, llegará un verano en que las gentes que queden en Madrid se verán asediados por tremendos conflictos de miseria y de hambre.

DIONISIO PÉREZ

IMPRESIONES DEL MAESTRO VIVES
DESPUÉS DEL ESTRENO DE "MARUXA"

Para mi querido amigo y audaz caballero
 "EL CABALLERO AUDAZ"

Se empeña usted en que le mande unas cuartillas hablando del estreno de *Maruxa*. Ahí van. Casi todo lo que digo es verdad. Perdone su insustancialidad, pero estoy muy cansado y no se me ocurre otra cosa mejor.

ooo

A la mañana siguiente del estreno de *Maruxa*, salí á la calle. Deseaba tomar el aire y fumar un puro. Me gusta mucho fumar un puro cuando estoy contento y pasear por el Retiro cuando estoy triste, y aquella mañana, sin saber por qué, estaba á la vez triste y contento. Voy á contar lo que me ocurrió en este paseo de dos horas.

A la primera persona que me encontré fué al portero de mi casa, hombre bueno y simpático.

—Buenos días, maestro, me dijo; buena estocada la de anoche, buena.

—¿Cómo estocada?—dije yo.

—Sí, señor; el estreno.

—¡Ah! Me había usted asustado.

—Bien se ganó usted la oreja. Si todas las corridas fueran así, otra sería la afición.

—Gracias, gracias, Tomás. Voy á dar una vuelta.

—Vaya usted con Dios, señorito.

Y salí á la calle, en dirección á un estanco que hay en la vecindad y del cual soy parroquiano.

—Hola, maestro, que sea enhorabuena.

—Muchas gracias.

—Camará; aquello parecía una corrida fuera de abono. Allí sí que no hicieron falta banderillas de fuego. Yo estuve, me metí donde pude, al sol, D. Amadeo. Vaya un calor. Ni cuando mataba el *Espartero*.

—Gracias, gracias, Juan.

—Quiero volver, pero será á tendido de sombra y si puede ser á barrera.

—Vaya, un millón de gracias y adiós.

Compré un cigarro y continué mi paseo en dirección al Retiro, reflexionando sobre las pintorescas felicitaciones que recibía.

Al doblar una esquina, me detuvo una voz lejana. Un diputado, amigo mío, me llamaba á gritos. ¡Dios mío, por qué hablaremos tan alto en España!

—¡Monumental, maestro, monumental! ¡Bien se atracó usted de toro anoche! ¡Así se entra, corto y ceñido! ¡Olé por la música española!

—¡Olé!—contesté, poniéndome en jarras sin querer.

Seguí andando lentamente. El aire acariciador de la mañana, la juventud del día como la llama el excelso Fray Luis de León, me envolvía como un baño, suave y dulcemente. Yo no comprendo á los románticos, más que por la mañana. La mañana es ensueño, promesa; la tarde es realidad, posesión; la noche, desilusión, desencanto, ó si se me permitiera, la llamaría desensueño. Unas voces femeninas sacaronme de mis reflexiones. Eran dos antiguas amiguitas con su señora mamá.

—Maestro—gritaron—, ya hemos leído el éxito de anoche. ¡Cómo le ponen á usted los periódicos!

—¿Mal?

—Al contrario; dicen que le tocaron á usted la mar de palmas.

—La mar, señora, la mar—contesté, casi inconscientemente.

—Sí, sí; creo que es una obra que quita casi toda la cabeza.



Caricatura fotográfica del insigne compositor Amadeo Vives

—No lo crea usted, señora—contesté, asustado.

—¿Cómo que no!—dijo la hija menor—si cuentan que fué una ovación de las de no te...

—Yo no sé si fué de las de no te... ó de las de ande el movimiento; pero, en efecto, el público estuvo muy cariñoso.

—Así debe ser—añadió la hija mayor;—cuando sabe uno arrimarse como usted se arrima.

—Señorita, aseguro á usted que no hago más que lo que puedo.

En este momento pasa por nuestro lado Manolo Vico, que es el hombre de más gracia que hay en España, y á quien yo quiero mucho. Se acercó, saludó á mis amigas y me abrazó, diciendo: Maestro de mi alma, se acabaron los fenómenos; así se hace, llegando hasta los mismísimos rubios, saliendo por la cara y sin salvar el pitón derecho. (Me parece que me dijo el pitón derecho). Y me dió la mano, saludó y se fué airoosamente.

Hubo un momento de silencio entre mis amigas y yo. Por fin me decidí á despedirme de ellas, agradeciendo en el alma sus cariñosas palabras; mas cuando ya nos habíamos separado unos pasos, las llamé.

—Señora X. ¿Tendrían la bondad de explicarme ustedes que lo entienden, qué quiere decir

eso de llegar hasta los rubios?

—Pues es lo mismo que llegar hasta la taza—dijo la pequeña.

—O hasta la bola—añadió la mayor.

—O hasta el segundo apellido—completó la mamá.

—Comprendo, comprendo—contesté; y nos despedimos definitivamente.

Seguí andando y sin saber por qué se fué apoderando de mí una inexplicable tristeza. Sentí en mi interior como la música de una danza frenética de toros, toreros, caballos, banderillas, espadas, chaquetas, taleguillas, monteras, etcétera, etc. Tuve la sensación de que el toreo era algo substantivo en la vida nacional, de cómo allí se consumen y pierden todas las reservas de entusiasmo y de dinero que nos quedan, de cómo el toreo ha perdido su carácter de diversión; lo que no ocurre en el boxeo, en el circo ó en el *football*, invadiendo y sustituyendo todas las actividades del espíritu y llegando hasta transformar el lenguaje. Horroriza pensar en que por el camino que llevamos, pueda llegar un día en que la lengua castellana sea para todas las repúblicas americanas algo tan extraño como el chino ó como una lengua indígena de Australia.

Entré en el Retiro; tomé un coche que me encontré al paso; unos niños jugaban:

Ambo, ato
 matarile-rile-rile.

Me acordé de los corderos de *Maruxa*. ¡Oh, encanto de los seres cándidos! A Cristo también se le simboliza con un cordero. ¡Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo! Seguíamos andando. Céfiro me arrullaba y la alegría renació. Encendí el cigarro. ¿Por qué me gusta fumar cuando estoy contento? Ya se ha dicho que la vida es humo y que la gloria también es humo. Recuerdo unas palabras de Plinio *el joven*: «nada hay más noble que trabajar para la gloria». En nuestros días este concepto nos suena á vacío. Los romanos creían que su imperio era eterno y por eso amaban la gloria sobre todas las cosas. Hoy vive la Roma ideal, pero la material ha muerto y con su muerte hemos aprendido á ser humildes y hemos entendido las palabras de Salomón: «vanidad de vanidades». Yo no sé por qué el cigarro me hacía pensar todas estas cosas.

Un cigarro es casi un descanso, casi un trabajo, casi un placer, casi un dolor y, sobre todo, es la cosa más absolutamente inútil que existe, es más que nada, humo. El cigarro es también como el dinero, una equivalencia de todo, pues por el cigarro justificamos nuestra inactividad y tenemos una razón para aplazarlo todo. También sirve para darle envidia al prójimo cuando no puede fumar tabaco tan bueno como nosotros. Habrán ustedes observado que los hombres pequeños son muy aficionados á los grandes cigarrillos como si se sintieran prolongados en ellos.

Un auto pasa frenético por mi lado y me estropea el hilo de mis reflexiones. Percibo una voz que dice: «creo que son Benjumeas», y se pierde á lo lejos.

Doy por terminado mi paseo y me hago conducir á casa. Al llegar á la puerta, un chico de teléfonos, pregunta: ¿D. Amadeo Vives? Tomo el telefonema, que era de mi excelente amigo el gran empresario de Bilbao, D. José Vivancos.

Leo: Enhorabuena. Desde hoy Vives, Gallo, Belmonte.

AMADEO VIVES

CONCURSO DE BELLEZA FEMENINA EN BERLÍN



CÁMARA

LAS CUATRO SEÑORITAS VENCEDORAS EN EL CONCURSO DE BELLEZA FEMENINA ORGANIZADO RECIENTEMENTE POR LOS PINTORES Y ESCULTORES DE BERLÍN

PÁGINAS POÉTICAS



SCHOPENHAUER



*¡Viejo Schopenhauer, doloroso asceta,
siniestro filósofo y amargo poeta!
¿Por qué me dijiste
que el amor es triste, que el bien es incierto;
por qué no ocultaste que el mundo es tan triste?
... ¡Aunque sea cierto!*

*Yo amé á las mujeres. ¡Oh, carne fragante,
senos en flor, dulce misterio sensual!
¡Yo amaba la gloria divina y distante
envuelta en un mago fulgor de ideal!
Yo amaba la vida
pero tú dijiste que todo es dolor,
que el amor es carne sensual y podrida
¡y ya nunca tuve ni gloria ni amor!*

*Y ya por el mundo voy igual que un muerto,
tu voz emponzoña todo lo que existe.
Dime, viejo horrible, aunque sea cierto
¿por qué no mentiste?*

*Agreste filósofo de las negaciones,
yo era soñador y crédulo y fuerte,
tú has roto el encanto de mis ilusiones
y me das la fría verdad de la muerte.*

*Dice tu profunda y amarga verdad:
Vivir es dolor y angustia el amor.
¡Triste humanidad
amar es hacer eterno el dolor!*

*¡Oh sabiduría cruel y adolorida!
¡Amor es dolor!
Pero sin amor
¿qué importa la vida?*

*Viejo Schopenhauer, triste enamorado
de la Muerte, acaso, tú ¿nunca has amado?
¿No lloraste nunca de excelsa emoción?
¿O es que amaste demasiado
y aún sangra tu macerado
corazón?*

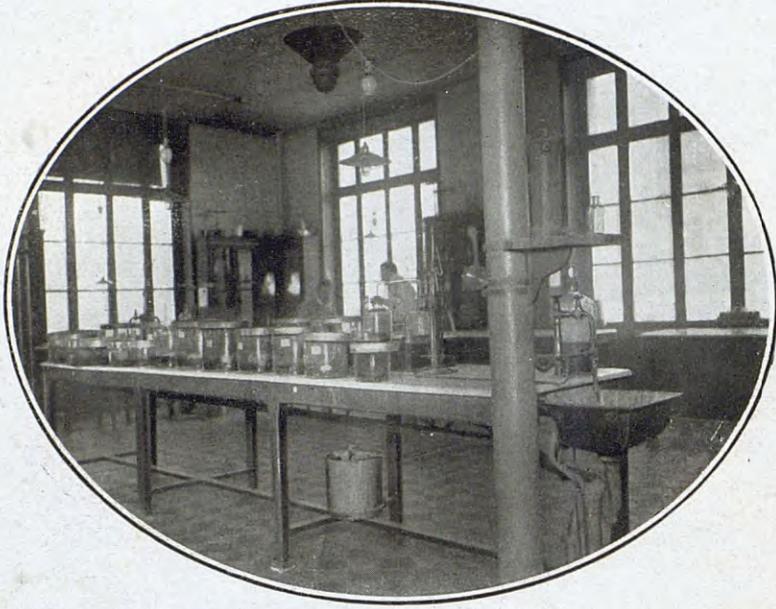
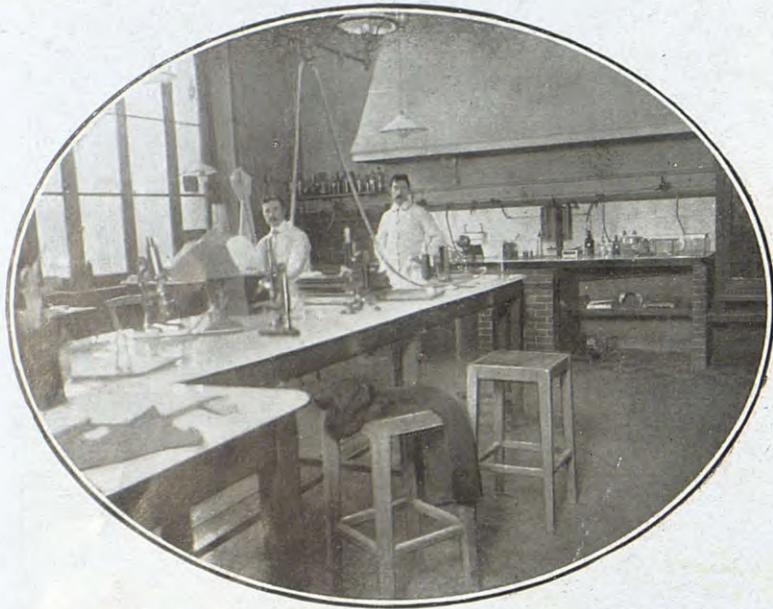
*Amargo poeta ¿por qué me dijiste
que el mundo es dolor, que el bien es incierto?
Ya toda la vida mi alma estará triste.
Dime, horrible viejo, ¿por qué no mentiste?
... ¡Aunque sea cierto!*

EMILIO CARRÉRE



HACIA EL GRAN
MISTERIO

MUTACIÓN CONTRA EVOLUCIÓN



Detalles del laboratorio del Instituto Pasteur, en Paris

FRONTE á la teoría evolucionista darwiniana, una nueva escuela, á cuyo frente se halla M. de Uries, ilustre biólogo holandés laureado con el premio Nobel, aparece hoy en el mundo científico. Esa escuela, llamada de la *mutación*, difiere de la que acudillara Darwin, hoy ya desacreditada, en que mientras ésta trata de explicar la transformación de las especies mediante una larga serie de modificaciones insensibles, los mutacionistas admiten los saltos bruscos de una especie á otra. Para afirmar esto se apoyan en numerosos casos de *mutación* observados principalmente en las mariposas y en algunas especies vegetales.

Pasando desde el campo de la observación en la Naturaleza á la experimentación en el laboratorio, se ha intentado provocar artificialmente, en el reino animal, ese curiosísimo fenómeno de transformación brusca, sin que hasta el presente estos ensayos hubieran ofrecido resultados más brillantes que los encaminados á crear la vida artificialmente.

Mas he aquí que este, al parecer insoluble problema, parece quedar esclarecido, y que tal honor ha correspondido á unas suaves manos de mujer, llevando con ello un nuevo argumento á favor de los defensores del feminismo científico. Utilizando los rayos ultravioletas, Mme. Victor Henri, alumna del Instituto Pasteur, de Paris, ha logrado transformar el microbio de la enfermedad del carbunco. En pocos minutos, del microbio normal obtuvo, bajo la acción de dichos rayos, dos microbios nuevos, en absoluto diferentes del microbio normal.

Este presenta el aspecto de bastoncillos alargados y unidos: pero desde que entran en acción los rayos ultravioletas, modifícase el terrible microbio en mayor ó menor grado, según las condiciones ó la duración del experimento. Ofrécese en éste la curiosa particularidad de que las nuevas formas no son estables si la acción de los rayos ultravioletas es corta, recobrando los microbios su forma primitiva. Mas si dicha acción se prolonga hasta diez ó doce minutos, las dos nuevas especies conservan ya, de un modo definitivo, la forma característica; primero, el microbio se hace *cocciforme*, y á poco, *filiforme*.

Que se ha operado una verdadera *mutación*, un cambio de especie, demuéstrole no sólo la modificación morfológica, sino la aparición de nuevas características en absoluto diferentes de las que existen en el microbio normal. Hase visto, en efecto, que los dos microbios transformados producen enfermedades distintas de las en-



La biblioteca del Instituto Pasteur



MME. HENRY
Confirmadora de la nueva teoría de la mutación de las especies

gendradas por su antecesor. Así, un conejillo de Indias, inoculado con el microbio normal, sucumbe á las cuarenta y ocho horas. En la autopsia obsérvase, á poca distancia del punto de inoculación, un enorme edema con la misma acumulación de microbios que se encuentra en la sangre y en el bazo. La muerte parece determinada por septicemia.

Inoculando el microbio filiforme, la muerte no ocurre hasta el décimo y á veces el hasta vigésimo día, sin que se produzcan deformaciones de tejidos en el punto de inoculación; sobre e lo, el número de microbios en la sangre y en los órganos es casi insignificante. En cambio, la pleura preséntase inflamada y en los órganos internos (pulmones, bazo, hígado, riñones), adviértese la presencia de numerosos abscesos, dando la impresión de un envenenamiento determinado por las toxinas.

También difiere la enfermedad producida por el microbio cocciforme de la causada por el normal, si bien aún no ha sido lo bastante estudiada para que se pueda precisar con exactitud sus características.

Por último, los dos microbios reaccionan al yodo de un modo completamente distinto.

El descubrimiento de Mme. Henri establece, pues, por primera vez, que se puede cambiar bruscamente, por modo artificial, un organismo viviente en un organismo de otra especie.

¿Ha existido *mutación*, en el sentido en que los biólogos entienden esa palabra? ¿Esa transformación rápida debe ser, por el contrario, considerada como una evolución relativamente lenta, dado que nos hallamos en presencia de seres infinitamente pequeños? Cuestiones son estas que no nos toca á nosotros sino señalar á la atención de los estudiosos.

Por lo que el descubrimiento significa, y por lo que pudiera suponer en el campo de la patología y de la biología, nos ha parecido interesante recogerlo en estas columnas. Es una nueva victoria del feminismo científico, de ese feminismo científico que ya nos trajo el descubrimiento del radio, en época no muy lejana.

El hallazgo ha producido en el mundo de la Ciencia considerable revuelo; la escuela mutacionista, con su pontífice M. de Uries, no cabe en sí de gozo, y ya se anuncia la celebración en La Haya de una conferencia de biólogos para ocuparse, extensamente, de estos descubrimientos, en verdad, sensacionales, de la distinguida alumna del Instituto Pasteur.

A. READER

BODA ARISTOCRÁTICA



CÁMARA

La bella hija del embajador de los Estados Unidos, señorita Willard, y Mr. Kirmip Roosevelt, hijo del ex presidente de dicha nación, cuya boda se ha verificado en Madrid el día 11 del actual

FOT. CAMPÚA



LA ANUNCIACION

Cuadro del Greco, propiedad del marqués de Bolarque

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



MARÍA DEL PILAR DEL ARCO Y CUBAS, HIJA DE LA CONDESA VIUDA DE ARCENTALES FOT. KAULAK

Con ser bella la fotografía que parece iluminar con resplandores de hermosura femenina esta página, no da sino leve idea del original. Porque Pilar del Arco, por la perfección de sus gracias, por la luz que irradia á raudales de sus ojos, por la intensa vida que denuncia su fisonomía expresiva, es de los mo-

delos que jamás pueden reproducir con exactitud ni el pincel del artista ni la cámara, por maestros que ellos sean. Pilar del Arco, una de las beldades de la juventud aristocrática española, recibió por precioso legado, con la gentileza, la hermosura espléndida de la inolvidable marquesa de Cubas.



NOTAS MADRILEÑAS

ARROYO, APRENDIZ DE RÍO



Vista panorámica del Palacio Real, de Madrid, desde la orilla izquierda del Manzanares

QUE el Manzanares es un Mississippi ó un Amazonas... de arena, nadie lo discute. Pero seríamos injustos si negásemos que desde hace varios siglos ha encauzado no poca parte del buen humor matritense, y que raros hermanos suyos, más finchados, han dado pie á tantas frases, comentarios, censuras y vayas de gente de calidad en la literatura y en la diplomacia.

El Manzanares no es un río romántico; no es un río comercial; no es, ni siquiera, río... De arroyo, como sabéis, lo calificó el gran Quevedo:

Manzanares, Manzanares, arroyo, aprendiz de río, platicante de Jarama, buena pesca de maridos...

Luis de Góngora, Tirso de Molina, Lope de Vega y otros muchos poetas de los siglos XVIII y XIX se han burlado, con donosura, con crueldad, con saña, del flaco, del humilde, del enano Manzanares. No faltó, empero, quien le alabase, ó cuando menos, en un acceso de sentimental patriotismo, le defendiera. Porque los sarcasmos, de todo el mundo conocidos, fueron terribles á veces.

Lope de Vega le decía:

Y aunque un arroyo sin bríos os lava el pie diligente,

tenéis una hermosa puente con esperanza de río...

¿Y aquel embajador alemán, que prefería el Manzanares á los demás ríos del mundo... porque era navegable *en coche y á caballo*?

¿Y el novelista Alejandro Dumas que, durante

su estancia en la Corte, pidió un vaso de agua á un vendedor ambulante y luego de beber la mitad le dejó el resto, encargándole «que lo arrojase al Manzanares para calmar su sed»?

ooo

En el *Nuevo manual histórico-topográfico-estadístico y descripción de Madrid*, por D. Ramón de Mesonero Romanos

(1854), encontramos unas notas acerca de este río, que, por si algún lector quisiera conocer, copiaremos:

«Nace en el término de Manzanares el Real (de donde toma el nombre), siete leguas de Madrid, y corriendo de NO. á SE. atraviesa el Pardo, deja á la derecha la Casa de Campo y á la izquierda la población de Madrid, y va á reunirse al Jarama junto al pueblo llamado *Vacia-Madrid*, tres leguas de la capital, y á las diez poco más ó menos de su nacimiento.

»Parece que en lo antiguo iba más caudaloso, pues tenemos la relación del viaje de Antonelli en tiempo de Felipe II, que desde el Tajo y el Jarama continuó por el Manzanares hasta el Pardo; pero nunca pudo ser gran cosa, pues, además de los proyectos que desde luego hubo de reunirle al Jarama, todos los escritos de aquella época acreditan ya



La Pradera del Corregidor, en las márgenes del río, inundada por el Manzanares

su pobreza. Pero lo que sí es cierto, que con el derrame de las arenas viene el agua más oculta. Este río, como todos los que proceden de las nieves de la sierra, queda en verano seco, lo cual recuerda una graciosa comparación de Tirso de Molina, que dice hablando con el río:

»Como Alcalá y Salamanca tenéis, y no sois colegio, vacaciones en verano y curso sólo en invierno.

»A pesar de su escasez, este río es de gran utilidad á Madrid para fertilizar gran parte de sus términos, para el lavado de ropa y para los baños generales en verano...»

ooo

No; no os burléis de los chiquititos, de los desmebrados, de los humildes. El Manzanares tiene indiscutible importancia. Díganlo las lavanderas, con ó sin música de Chueca, que, á su orilla, ganan el sustento.

Estos son los calzones de un señorito, de un señorito... ¡Cuánto frío habrá pasado esta noche el pobrecito!...

Los extranjeros que vienen á la Villa y Corte buscando la inevitable y consabida «nota de color» ó la no menos obligada «nota pintoresca», hallan en el Manzanares satisfacción cumplida.

¿Se consideraría, pues, una trivial chirigota al asegurar que este humilde río contribuye, por eficaz modo, al fomento del turismo?

Desde el puente del Rey, ó el de Segovia, ó el de Toledo, el panorama no puede ser más curioso. La misma grandeza de las aludidas fábricas de piedra, acentúa la cómica insignificancia del arroyo.

De un salto fabuloso, os habéis trasladado á otro mundo. Fétido, eso sí, misérrimo, pero pintoresco, que es lo que se trataba de demostrar.

El agua, deshecha en flecos, apenas corre, sucia y remolona, entre las filas de cajones de las lavanderas. Algún árbol se yergue melancólico, atónito, ruboroso, porque, desde lo alto, el Palacio Real pregona que la villa y corte está allí cerca, y que, por mucha alegría que puedan dar á un riachuelo las sábanas y los calzones puestos á secar, mejor fuera que el Municipio, en un arranque de aseo, dejase á los pajarillos y á la fronda un espacio ameno, que ahora apesta á lodo y á lejía...

ooo

Pero la realidad, amigos, se impone. En las márgenes del injuriado río, el pueblo instaló un mundo absurdamente animado.

Merenderos y lavaderos, chozas de techo de cañizo, como barraquetas valencianas y «balnearios» con artonados de felpudos y tabiques de moqueta jubilada... Aquel es un paraje sucio, dedicado—¡oh paradoja!—á la limpieza.

«El Arco Iris» y «La Gloriosa», «El Sol» y «Los Cipreses», son establecimientos únicos quizás en Europa á donde los madrileños—algunos

madrileños—van á comer callos y caracoles ó á bañarse.

El piano de manubrio, la paleta de la lavandera, el chirrido del aceite, la copla y el piar de un jilguero extraviado, se confunden entre aquellas orillas, lamentable eco de los sotos donde antaño se celebraran torneos y romerías que ingenios actuales, fervorosos de lo pasado, nos han descrito acertadamente.

Sin embargo, el Manzanares tiene sus rinconillos gratos... ¿Te acuerdas, Encarna? ¿Estás conforme, Lolita? ¿Verdad, Antonia, que en los cañaverales que susurran junto al Puente de los

parva y susurrante, tiene fulgores de tela lujosa...

Allí, con la fresquita, mientras suena el martilleo del organillo, te sentiste, quizás por vez primera, romántica, Manolita... Allí, á la vera del río, descansaste muchas tardes de domingo, Isidra, un poco apesurada porque tu novio no acababa de «aprobar el Canónico», ó porque quedó en escribirte desde el pueblo, y el muy granuja «se hizo el loco» y no te mandó ni una mala postal escarchada... Allí, en un ventorro de los que se prolongan desde la carretera de El Pardo hasta el humilde río, tú, Mercedes, has asistido á la boda de tu hermana mayor, á la de tu maestra, á la de tu compañera de taller...

En estas risueñas márgenes, el Madrid humilde ha reído, ha soñado, ha tenido novio, ha oído ó espetado la primera declaración amorosa, tan codiciada y tan fragante. Por donde resulta que, desde un poco más arriba del Puente de San Fernando, hasta un poco más abajo del de Toledo, el Manzanares, lleno de arena y de epigramas, es un simpático pretexto para que un madrileño se enamore, otro se divierta, otro se lave y otro se gane, honrada y penosamente, la vida...

Arroyo, aprendiz de río... En la villa de muchos vecinos de esta corte pasa amada y sentimentalmente, con susurro quedo, sin majestad. Los que han visto otros ríos podrán, y acaso deberán, zaherirle; pero aquel que no salió nunca de sus riberas, ¿por qué no ha de encontrarle simpación, modoso y amigo? Sin contar con que alguna vez se enfada y lleva agua «de verdad». La lavandera que jabona tu ropa, señorito, podría darte informes muy serios de este aprendiz que, en ocasiones, ha tenido ínfulas y bravatas de maestro.

ooo

Cuando el Manzanares esté canalizado—maravilla que pronto, según parece, será realidad—, la higiene realzará la belleza de sus orillas.

Hervirán de pajarillos los árboles; el aire tendrá fragancias amables y, por los amplios andenes laterales, paseará una muchedumbre dichosa que oír, de noche, *La Walkiria* y beberá cerveza negra.

Ni sombra quedará de los ventorros, de los lavaderos, de los balnearios. Todos nosotros, amantes de la civilización, del saneamiento, de la urbanización, respiraremos complacidos. Alguien, no obstante, recordará los platos de rojizos callos, el cañaveral propicio, el noble juego de la rana... Y Manolita, Lola, Isabel y Milagros, que serán ya un poco ancianas y tendrán cerca de la oreja un lunar harto velludo, dirán á sus

hijas y á los novios de sus hijas: —Sí; esto está muy bonito... Pero en mi tiempo, sucio y con menos agua, el Manzanares me gustaba más. No os pongáis tontos. Hay cosas que el Ayuntamiento no comprenderá nunca. Y yo me entiendo...

E. RAMÍREZ ANGEL

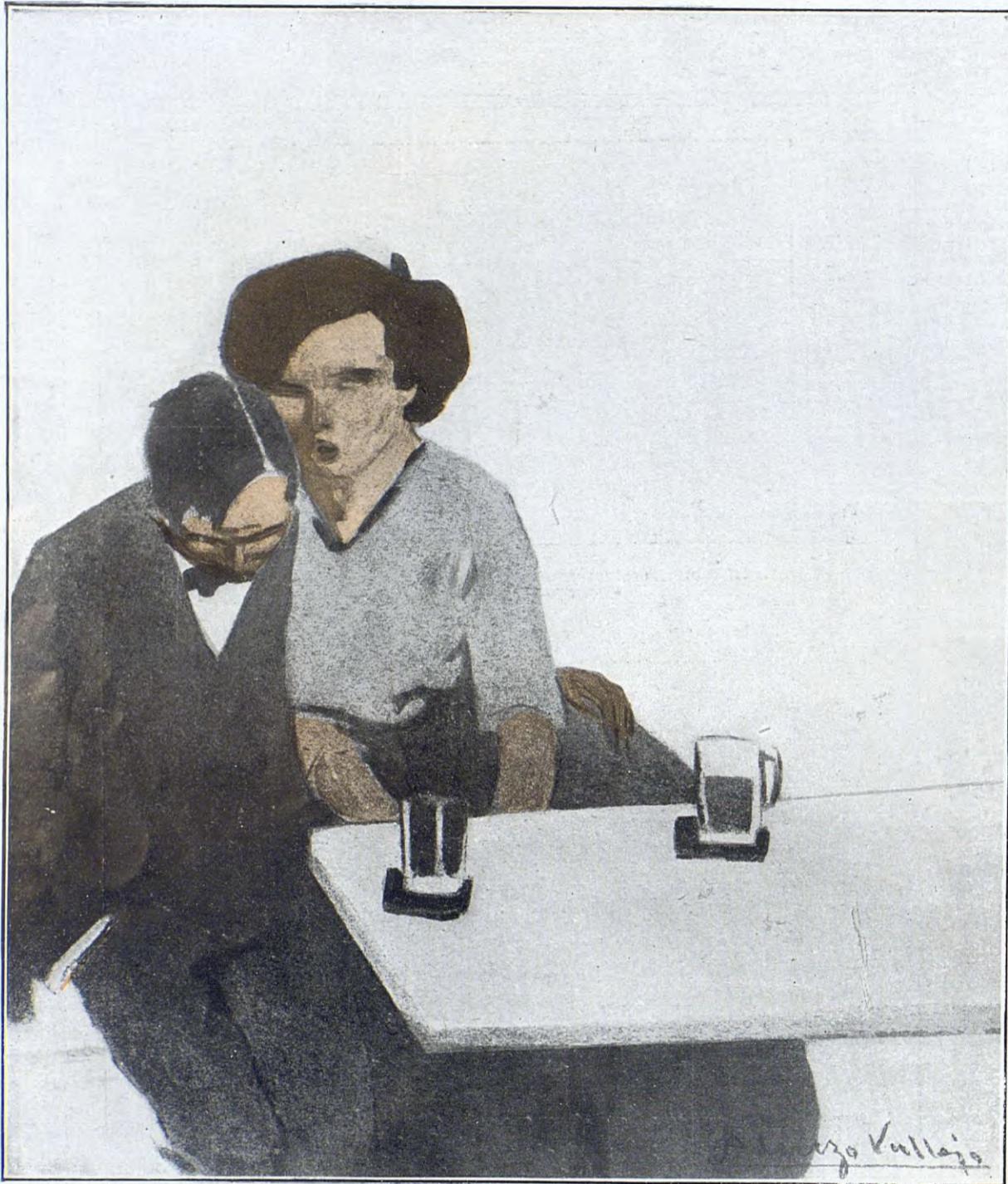


Uno de los detalles más característicos del Puente de Toledo, sobre el Manzanares
FOTS. SALAZAR

Franceses—donde florece por Abril un almendro y perfuma una acacia en las noches de Mayo—da gusto sentarse con el novio? Los trenes pasan, camino de todas las hermosuras que se suceden más allá de Villalba; los pinares de la Casa de Campo van anegándose en la paz infinitamente dulce del crepúsculo; el agua del río,

BARRIO LATINO

LA PRIMERA AVENTURA



UN mes llevaba Rafael en París, y todas las noches iba al café de la *Source*. Se repantigaba en la silla de mimbre, junto á la vidriera, todavía en la terraza, que no acababa de cuajar el tiempo bueno y amable. Allí enfrente erguía la columna de los anuncios de los teatros. Servíale de almanaque á Rafael un papelucho rojo en que se marcaban con grandes cifras las representaciones de *La viuda alegre*. Cuando Rafael llegó á París, señalaba el papelucho la ciento once representación. En la velada de marras podía verse que ya marchaba el escenario del Saint-Michel por la ciento cuarenta viuda. Un mes de viudedad hasta para Rafael.

Al salir de Madrid le habían profetizado sus amigos una serie infinita de éxitos amorosos. Apenas saliese de la estación, iba á encontrar una muchacha, lo que se entiende por un *beguin*. Rafael recordaba esa novela de Daudet, *Sapho*, que todos leímos á los veinte años, y mientras el expreso corría por la llanura herbosa de Francia, con algo de fiebre soñaba Rafael en un encuentro como los de la novela; allí, en un baile pintoresco, se le acercaba una mujer y le preguntaba, sonriendo:

—¿Artista?

Y en seguida se trenzaba el diálogo, y luego cenaban los dos solos, y al último, Rafael escapábase con la modelo de tantos escultores y pintores ilustres, y como el protagonista de *Sapho*, subía en brazos á la enamorada, pero sin fatigarse por tener que ganar una centena de peldaños. Le daría sus alas el amor.

Y, en efecto; un mes llevaba Rafael en el Barrio Latino y no venía la aventura. El orgullo de Rafael sufría horrorosamente con la derrota. Al cabo de diez días, ocurrió al infeliz un episodio tremendo. A la puerta misma del hotel hay un café, especie de casinejo de estudiantes y muchachas de todos los oficios y de ninguno. Se retiraba melancólicamente Rafael y, de pronto, le asaltó una rubia envuelta en un manto azul y le quitó el sombrero. Siguió Rafael á la alocada criatura y hubo que rescatar el sombrero con unas rosas, dos francos de rosas, y hubo que sentarse y comer quisquillas y beber cerveza. Estaba borracha la rubia. Era fuerte, grande, aporcelanada, un poco embrutecida. En un raptio histérico, se echó al cuello de Rafael y le abrazó y quiso besarle.

El sombrero rodó por la acera, Rafael se puso muy colorado y la chica se reía á carcajadas y llamaba con dulces nombres á la apabullada víctima. De pronto desapareció; se fué en busca de una madama que recorría el Barrio con una baraja en la mano para adivinar el porvenir. Al día siguiente, la rubia le miraba con indiferencia; ya no se acordaba de la embriaguez de la víspera. Pasó con su manto azul y olía é éter.

Rafael se hizo parroquiano de la *Source*, un café burgués donde no se permite que las señoras vayan sin sombrero, y los franceses perilludos y los soldados juegan á las damas. A pesar de todo, Rafael confiaba siempre. Sentábase, y dejaba en el velador un periódico de modo que se distinguiese el Madrid del título—¡leyenda de los españoles donjuanescos!— y durante una hora exhibíase con su puro en la boca, con su haldudo chambergo calabrés. Ya picarían. En tanto, Rafael se atusaba el bigotillo, tosía con arte, no se descomponía al toser y más era espuela el carraspeo. A media noche encaminábase entristecido al hotel, acusándose de tonto, y no sin razón. Los amigos de Madrid, le escribían enviándole sus conquistas, le aconsejaban la cau-

tela y la templanza. El postrer sarcasmo de la jornada, traíanlo, inocentemente, las amiguitas de los otros huéspedes que, al avanzar por las sombras del pasillo, tropezaban con las botas de Rafael y las impulsaban corredor adelante. ¡A puntapiés tratábanlo las que iban á ser sus esclavas! Las campanadas del reloj de la Sorbona consolábanle con el recuerdo de la ciencia, nunca ingrata, y que apasiona como el amor.

¡Ciento cuarenta viudas! Un mes de viudedad en París... Como de costumbre, desfilaron las modelos, las modistas, las mecanógrafas, las pintoras rusas, las bohemias del amor, las excursionistas de Montmartre, y todo el ejército de melenudos, y el vendedor de perros, y las floristas, y los gendarmes, y los volatineros de la esterilla, y los turcos que venden tapices y cacahuets. Por la calzada sucedíanse los tranvías eléctricos, el de vapor y los automóviles y los *fiacres*. Ya era tarde y estaban cerrados los *restaurants* y las tiendas de la otra acera. En la penumbra, entre los árboles, se apiñaban en los bancos unos bultos informes. Aquí y allá ponían las mil chispas plateadas de sus ruedas innumerables bicicletas con un hombre ó una mujer. El farol japonés, colgado en el manillar, flotaba como un fuego féerico. Del lado de París, hacia el Sena, reflejaba el cielo un resplandor sonrosado. Las lámparas polícromas eran á lo largo de la avenida como las de una escuadra en una visita á una ciudad en fiestas. Rumor, risas, besos, bocinas, silbidos y canciones en el aire...

Pasó despacio una enlutada, con unos bucles en la mejilla y la falda al tobillo. Sus ojos se posaron en el Madrid del periódico, escudriñaron á Rafael. Cruzáronse las miradas de los dos. Un siglo duró el instantáneo encuentro. Diríanse dos viejos amantes que tornan á verse. La niña fué á detenerse detrás del enorme cilindro de los anuncios, al borde de la acera, como si acechase el momento de franquear la barrera de carruajes. Con el rabillo del ojo examinaba la actitud de Rafael. Un minuto de ansiedad. Al fin, Rafael se levantó y se aproximó á la desconocida. Se estrecharon las manos con naturalidad, y se sonrieron. Parecía que era aquella una cita convenida y hasta acostumbrada.

—¿Usted es rumano?

—Soy español... Español de España, no de la Argentina... ¿No ha visto usted mi periódico?

—¿Español? Mejor...

Las cosas ocurrían como en el libro de *Drudet*. Después de una pausa, Rafael invitó á la tobillera á pasear un rato. Se excusaba la muchacha, tenía que regresar á casa de sus padres, ahora mismo llegaría el *autobus*. Al fin aceptó y la pareja atravesó la calzada, y no satisfecha aun con el misterio de la acera en sombras, se internó por una calle casi á oscuras en donde resaltaba el rótulo luminoso de un bar. Caminaban pegados á la pared, sin prisa, de repente más felices que nadie en el mundo. Se detuvieron en los muros de la Escuela de Medicina, paraje comparable, en aquella hora, á las medrosas fortificaciones. Al final del edificio abríase el bulevar Saint-Germain, con el escándalo de luz de unos cafés y el alboroto lejano y distinto de las pianolas.

Se llamaba Elia, tenía diez y siete años, acababa de abandonar una oficina donde escribía á

máquina, porque el patrón, un viejo patilludo y con vientre, la acosaba. Además, quería trabajar en el teatro y el cinematógrafo. No tardaría en debutar en un *concert* de los barrios extremos. Todas las tardes ensayaba, de una á cinco. La noche del *debut* no faltaría el *monsieur* ¿verdad? Y á propósito: ¿cuál era el nombre del *monsieur* y á qué se dedicaba? Prefería que fuese español, y no rumano. Los ingleses y los españoles saben tratar á las mujeres con más finura que los hombres de otros países. Pero los ingleses son bobos. ¡España,

tura así, morena, con mucho pelo negro y brillante, finos los pies, con las pupilas brujas, con la boca muy roja y muy blanca...

—Tú eres así, tú no tienes el tipo francés.

—Sí, es verdad. Yo soy de París, pero mi padre es italiano.

Rafael se lanzó á una improvisación españolísima, retadora y flamenca á intervalos, en seguida desmayada y suplicante.

Le acometió una codicia de usurero por la hermosa enlutadita.

Le juró amor eterno. Ya le propuso un viaje á España.

Elia remedaba su acento, adivinaba más que comprendía, le llamó loco, al cabo le pareció *gentil, très gentil*. Regresaban al bulevar Saint-Michel muy amartelados...

¡Lástima de plenilunio y de compatriotas que observasen la escena!

Al pasar por delante de la cervecería con el rótulo luminoso, una mujer abrió la mampara y se oyó el sexteto que tocaba un vals.

Elia comenzó á cantar en voz baja la melancólica canción:

«*Les hirondelles sont parties.
Elles son parties les hirondelles...*»

Rafael besó á la muchacha, y embriagados ambos del encuentro, de la noche, Elia del presentimiento de España, y Rafael de la posesión de París, se abrazaron en mitad de la calle.

Otros enamorados imitaron su ejemplo, en la esquina. La primavera espolvoreaba la ciudad de resplandores suaves y remotos, de literatura, de músicas y flores.

La noche era una palpitación.

—Ven...

—Me esperan...

—Ya irás mañana... ¡O nunca!

No consintió Elia, y se detuvieron en la parada del *autobus* ¡el último ya! Rafael fingíase contrariado.

Sin embargo, alegrábase de la resistencia de la muchacha.

Temía que todo hubiese terminado al comenzar.

Se acercó una florista y ofreció á Elia un ramo de rosas, y miraba al *monsieur*.

Elia hizo que desdeñaba las flores.

Rafael se consideró en el caso de realizar una española definitiva.

Y fué que agarró cuantos *bouquets* quedaban en la cesta, formó una antorcha de rosas y claveles y la entregó á Elia; quiso entregarla, pues Elia se resistía y no aceptaba el desfilfarro.

En esto dobló la esquina el *autobus*, con su estrépito.

Riéndose y rechazando aún, la menuda Elia corrió al pesado armatoste; fué tragada por el monstruo.

Sus bucles, y sus ojos, de más edad que la tobillera, mostráronse en una ventanilla, picarescos, bajo el gorrito con las dos aletas.

Sonó el timbre, y el *autobus* echó á andar.

Rafael siguió la máquina que se alejaba, entre las ruedas.

Y lanzó todas las rosas adentro.

Elia le enviaba besos con las manos y se refa á carcajadas...

¡Olé, París!

FEDERICO GARCIA SANCHÍZ

DIBUJOS DE CEREZO VALLEJO



España! ¿Era muy hermosa España, no? Cuando en Bullier tocaban una música andaluza que se titula *Gallito*, Elia aplaudía siempre, para que se repitiera. ¿No conocía Bullier, ese baile que hay en lo alto del bulevar Saint-Michel? Tenían que ir juntos un sábado. No, mejor un jueves: es más *chic*...

Rafael se declaró tocayo de *Gallito*, y dijo que pintaba cuadros, y que le pensionó su Gobierno para que estudiase en París. Pero esto no importaba nada.

Allí era lo esencial que Rafael ya había encontrado la mujer que buscaba desde hacía veinticinco años, desde que nació. Una cria-

DE NORTE A SUR

El moderno hipógrifo y el antiguo centauro

En Alemania se han verificado las pruebas de un nuevo aparato para componer las roturas de las telas de globos y aeroplanos. Consiste en una gigantesca y sólida armazón de hierro. Mide 150 metros de largo y 13 de ancho y se puede armar en quince minutos. Y ¿qué pensaría *El Centauro* de Pablo Heyse, de este aparato en que se puede recomponer e impermeabilizar la piel de los modernos hipógrifos?

Pablo Heyse, el gran novelista alemán que acaba de morir a los ochenta años, escribió con el título *El último centauro* un cuento admirable y simbólico.

Vale la pena recordarlo brevemente.

Una tarde de Agosto aparece un centauro en un pueblecillo próximo a Munich. Había dormido miles de siglos. Era médico rural e iba visitando pastores y cazadores de osos, cuando le sorprendió el sueño. Al despertar en el mundo moderno, causa primero terror, luego asombro, la curiosa confianza después y la cólera por último. El último centauro habla con Pablo Heyse en un fino griego de inflexiones jónicas. Además del autor, una gentil muchacha le inspira confianza; le ofrece primero unas flores y luego su grupa, con el ademán olvidado ya, de la vieja mitología.

Como es fiesta en el pueblecillo, el centauro, al tomar parte en ella, se embriaga de vino y de música, revive bajo las brumas germanas la danza inmortalizada en frisos y relieves. Pero al último centauro le persiguen el novio de la muchacha cortejada y el dueño de una vaca disecada con dos cabezas y cinco patas, que ve peligrar los ingresos de su barraca. Avisan a los gendarmes. El centauro ha de huir; pero antes se apodera de la muchacha gentil. Es este el momento de la metopa de la fachada meridional del Partenón, en que se ve a un centauro raptando a una mujer. Las lágrimas de la muchacha conmueven al centauro y la posa suavemente en tierra. No se repite el episodio de Eurito que pretendiera faltar al respeto a Hipodamia en sus bodas con Piritoo, dando lugar a las luchas de centauros y lapitas. El último centauro era un buen muchacho, y desapareció solo, un poco melancólico, para no volver más.

Tal es el cuento. Pero hubiera sido curioso ver cómo este centauro de Paul Heyse volvía al mundo contemporáneo, y en vez de un pueblecillo en fiesta se encontraba con un campo de aviación lleno de los modernos hipógrifos, cuya piel se estira y se cose en gigantescos aparatos férreos...

Ivette Guilbert y Jacqueline Miracle

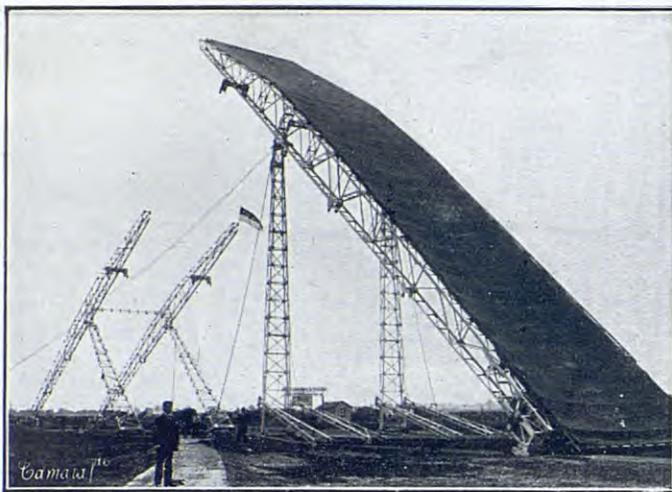
¿Os acordáis de Ivette Guilbert? Nos aburrió unas cuantas noches en el teatro de la Comedia, como antes nos aburriera en el mismo teatro



IVETTE GUILBERT
Notable cancionista francesa

Mayol, el regocijado Mayol del enorme tupé y la naricilla respingona, como antes también, en el antiguo teatro de la Zarzuela, nos hiciera bostezar Cleo de Mérode con sus danzas de sílfide, su peinado romántico y su regia leyenda amorosa.

¿Será que nuestro espíritu, un poco embebecido, acaso, por las invariables «varietés españolas», no sea todavía capaz de comprender el encanto de una canción murmurada por la Guil-



Aparato construido en Alemania para componer las roturas de las telas de los globos y aeroplanos

bert, de una danza mimada por la Cleo, ó la bella dición y la no tan bella barriga del ex árbitro de elegancias Le Bargy?

Yo creo que no. Más bien culpemos al tiempo, que transcurrió mucho antes de que estos orgullos de Francia se dignaran venir a nuestros teatros. Cuando vinieron, eran ya un poco viejos.

Ivette Guilbert no era aquella alegre cancionista montmartresa que frecuentaba los *cabarets* cuando las melenas de Villette no eran blancas, Caran D'Ache exponía sus siluetas napoleónicas y Maurice Donnay no pensaba todavía en ser académico.

Ivette Guilbert cantaba entonces canciones pícaras ó revolucionarias. Era la cupletista de los «Vieux Messieurs», y Steinlen la retrató con sus guantes negros y su delgadez asexual en un cartel famoso que gritó mucho tiempo desde todas las esquinas de París como una carcajada.

Cuando Ivette Guilbert nos aburrió en el teatro de la Comedia, estaba ya muy lejos su primera época de ingenuas picardías. Detrás de sus afeites y de sus joyas, no trinaba como un pájaro loco su corazón; latía lento, isócrono, como uno de esos viejos relojes de pesas, donde, de cuando en cuando, asoma el otro pájaro mecánico para decir: cu-cú.

El cu-cú de esta segunda época de la señora Guilbert, eran canciones del siglo XVIII y canciones románticas de 1830. Como erudición no estaban mal, pero no evocaban la gracia, el *sprit* parisien que nos brinó ante los ojos con el nombre de Ivette Guilbert. Imaginábamos ver algo muy gentil, muy *chic*, muy voluptuoso—de esa voluptuosidad francesa tan refinada—y nos hallamos con la sombra de Mr. Emile Faguet, el crítico «que lo sabe todo».

Pero lo más sorprendente es el nuevo aspecto de Ivette Guilbert. La señorita Guilbert busca ahora el refugio sentimental de la religión. Durante el mes florido de Mayo, ha dado una serie de conferencias acerca de los cantos místicos. Con la voz que en otro tiempo dijera de un modo inimitable canciones libertinas, ha entonado cándidos *noëls*, piadosas leyendas, canciones conventuales olorosas a incienso y blancas como lirios.

Finalmente, la señorita Guilbert se ha hecho retratar por Antoon van Welie, el pintor oficial de Su Santidad Pío X. Ved ese retrato místico, de un supremo idealismo. En nada recuerda a la Ivette Guilbert que retratara Steinlen. Su alma y su cuerpo han cambiado. Ya no podría servir de modelo al pintor admirable de los oprimidos, de los miserables, de los que sufren todas las hambres y que creyeron un día que la mujer flaca de los guantes negros sería su musa...

Pero la señorita Guilbert, antes de abdicar cristianamente de su pasado gentil, ha intervenido en una fiesta simpática: la coronación de Jacqueline Miracle.

Jacqueline, que tiene un bonito apellido, ha sido consagrada Musa de la canción.

Las manos—piadosamente cruzadas en el cuadro del pintor pontificio—de Ivette Guilbert, la coronaron después de un concierto en donde cantaron todos los cancionistas célebres de *music-hall*.

¿No habrá sentido Ivette Guilbert la nostalgia de sus cuplés picarescos entre el humo de las pipas montmartresas?

En nombre de la belleza, creamos que sí. Porque hará bien en su sayal de hoy la roja flor de entonces.

Los trágicos inventores

Han coincidido la muerte del ingeniero Mauser y el descubrimiento de los rayos rojos.

El ingeniero Mauser era el inventor de esos fusiles terribles que llevan su nombre. Los rayos rojos los ha descubierto un italiano. Revolucionarán por completo el «arte» de la guerra. Tranquilamente, con esa sangre fría que hace falta para matar impunemente al prójimo, se pueden incendiar a gran distancia los polvorines, los depósitos de municiones enemigas.

Como veis, la cosa merece ser divulgada en honor de su inventor. ¡Qué diablo! No todo han de ser inventos para mejorar, para conservar la vida; también debemos procurar los perfeccionamientos en conseguir la muerte ajena.

Y sin embargo, creo que no deban concederse los mismos honores a estos hombres que aprovechan la ciencia para la muerte, que a los otros, admirabilísimos, que la emplean en honor a la vida. Pero sí creo que deben immortalizarse estos trágicos episodios. Hay precedentes.

El gran pintor belga, Antonio Wiertz, representó en su cuadro, *Una escena del infierno*, a Napoleón cercado de llamas y de mujeres que le increpaban y le reclamaban sus hijos, sus esposos, sus padres, sus hermanos, inmolados para satisfacer la ambición del imperial Moloch.

¿No tendrá su Wiertz el señor Mauser?

En cuanto al ingeniero italiano que acaba de descubrir los rayos rojos, no será difícil que un caricaturista—de estos caricaturistas conscientes, que abundan fuera de España—dibuje un monumento parecido al que dibujara Steinlen a la hija de Alfredo Krupp, como regalo de boda. Sobre una pirámide de cráneos, los dos novios se abrazaban. Sobre una pirámide de cráneos el ingeniero italiano puede abrazar, a falta de una novia con velos de paz y de amor, sus «rayos rojos» que lanzarán la muerte, sin peligro para el lanzador...

José FRANCÉS



JACQUELINE MIRACLE
Que ha sido consagrada Musa de la canción en París

BELLAS ARTES

LOS FRESCOS DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

EN una clara tarde de Abril, cubierto ya de años y de gloria D. Francisco de Goya y Lucientes, le visitó en su famosa quinta del Manzanares el obispo de Granada.

Recibióle el gran artista con aquella sombría y hosca hurañez, acentuada por la sordera, que le caracterizaba. Fingió no advertir el prelado esta desdeñosa acogida, y dedicóse á contemplar los lienzos que pendían de las paredes, los dibujos esparcidos sobre las mesas, y los cuadros donde la garra luminosa del maestro empezaba á dejar sus huellas.

De las primeras obras con que tropezara la mirada del prelado, fué una, señalada con el número 69 en la serie *Desastres de la guerra*, en que aparecía un espectro surgiendo de su tumba y escribiendo sobre una página blanca la palabra *Nada*. Otros espectros, fantasmas, trasgos y brujas, cercan la tumba del aparecido; uno de ellos sostiene en sus esqueléticas manos una balanza, con los vacíos platillos hacia abajo:

El obispo de Granada, luego de contemplar largo rato esta obra, exclamó:

—¡Idea sublime! ¡Cristiano empeño! *Nada. ¡Nihil! ¡Vanitas vanitatum et omnia vanitas!*

Goya, que sonreía irónicamente al ver el entusiasmo del prelado, pero á quien su sordera no le consintió oír bien lo que había dicho, exigió á uno de los asistentes, que le repitiera las palabras del obispo.

Al oírlas soltó una carcajada.

—¡Pobre ilustrísima! Mal me ha comprendido. Mi espectro quiere decir que vuelve del otro mundo y que no ha encontrado nada absolutamente.

Esta anécdota ratifica, de un modo harto elocuente, el escepticismo y descreimiento de Goya. El más grande de los tres más grandes pintores españoles—Velázquez y Greco los otros dos—, no podía transmitir á sus pinturas religiosas una unción, un sentimiento místico y ultraterreno, de los cuales carecía él mismo.

Siempre que pintaba algún asunto religioso, lo hacía por ineludible imposición ajena y se desquitaba de ello, interpretando, no figuras ideales y divinas, sino cálidas y palpitantes escenas del más humano realismo.

El triunfo de la Virgen y de los Santos Mártires (Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza); el *San Bernardino de Siena* (San Francisco el Grande, de Madrid); *Los episodios de San Francisco de Borja* (catedral de Valencia); las *Santas Justina y Sofía* (catedral de Sevilla); la *Comunión de San José de Calazanz* (Escuelas Pías de Madrid); el *Judas entregando á Jesús*, de la catedral de Toledo (del que Teófilo Gauthier dijera que habría considerado un Rembrandt, á no mostrarle orgulloso un canónigo la firma de Goya al pie del cuadro), responden á ese criterio naturalista del maestro.

Acaso nos desviara de nuestro propósito actual, la afirmación y demostración de que, á pesar de la tradición católica, conservada en España más que en ninguna otra nación, á pesar de que en la historia de la pintura española, encontramos, con preferencia á todos los asuntos, los religiosos ó místicos, podría afirmarse que los pintores españoles no han sabido, ó no han querido, dar en sus cuadros esa sensación idealista, sobrehumana, toda espíritu, que tienen, por ejemplo, los cuadros de los místicos italianos. Menos que ningún otro, menos aún que Velázquez—á quien Goya considerara «con Rembrandt y la Naturaleza», uno de sus tres únicos maestros—, diera esa impresión el autor de *La maja desnuda*.

Y menos que en ninguno de todos los cuadros de religioso asunto anteriormente citados, en los frescos de San Antonio de la Florida, obra maestra y admirabilísima que la incuria de los Gobiernos, los mal entendidos respetos y la idiosincrásica indolencia española, sobre todo, harán que desaparezcan por completo dentro de algún tiempo.

En Octubre de 1798, terminó Goya de pintar al templo la cúpula, timpanos é intradós de las bóvedas laterales de la ermita de San Antonio de la Florida.

Menos de cuatro meses invirtiera en esta obra, prodigio de colorido, de graciosa armonía, de eurytmia compositiva, de perspectiva y de riqueza documental.

Representa el grupo principal de los frescos de la cúpula, uno de los milagros del taumaturgo de Pádua, ya interpretado otras veces por pintores y escultores como, por ejemplo, en un cuadro de Lorenzo Patinelli, en el bajorrelieve de Cattaneo y Campagna (basílica de Pádua), y en una escultura de Antonio Lorenzini.

Es aquel en que San Antonio resucitara á un muerto para que revelara quién fué su asesino, y libra de este modo á su padre, el capitán don Martín de Bulloes, de la acusación pública que sobre él pesaba.

Una mujer del pueblo sostiene al resucitado y mientras el santo se inclina sobre éste, haciéndole las primeras preguntas, las gentes más próximas, presencian asombradas el milagro; pero las demás se preocupan antes de conversar entre sí, ó de inclinarse sobre la barandilla del balcón circular, para ver cómo se encaraman dos chiquillos, que de atender al maravilloso episodio.

Tanto las gentes del pueblo, como las damas de mantilla blanca, ó las *ángelas* con más realidades de majas que apariencias de seres divinos, visten trajes pintorescos y madrileñísimos.

La misma luz dorada—obtenida por veladuras de un ocre claro—que envuelve á las figuras en total y agradable entonación, rodea las frondas exteriores de la ermita; la que Goya viera en las tardes tranquilas á orillas del Manzanares en torno de manolas, majas, aristócratas y lavanderas...



AUTO-RETRATO DE GOYA
Cuadro propiedad del conde de Villagonzalo
FOT. MORENO

Ceferino Araujo—que, discutible como pintor, era un excelente crítico de arte—dice en su libro acerca de Goya, lo siguiente:

«Supongamos que un día se puso en el pasco de la Florida un pobre, medio desnudo, á pedir limosna, y que el hambre le ocasionó una congaja: pasa un fraile y se acerca á socorrerle; algunas señoras y mujeres caritativas se aproximan compadecidas del lance, al paso que otras personas, ó indiferentes ó no advertidas del suceso, se asoman á una barandilla para ver lo que pasa por otra parte, ó á los muchachos que juegan y se encaraman en ella. Así está desenvuelto el asunto.»

Nada tan acertado como esta descripción. En los frescos de la cúpula no hay un solo personaje que sugiera la idea de algo sobrenatural. Todos ellos expresan la admirable sencillez de un episodio vulgar. Incluso el portentoso dominio de la perspectiva que caracteriza esta pintura de la cúpula, contribuye á que la naturalidad y el realismo de los grupos aparezcan más claros, sin la menor violencia en las figuras.

Pero estos realismo y naturalidad, son más manifiestos y desconcertantes—«irreverentes» han dicho algunos—en la parte que pudiéramos llamar alegórica ó sea en los angelitos desnudos y en las *ángelas* vestidas «con moños y faldas de gasa, con fajas de vistosos colores, ceñidas bajo el bien formado seno que, aun castamente velado, delata su morbidez».

Incluso en las que cruzan sus manos y elevan las miradas hacia el cielo, no vemos, no podemos ver, más que una mujer hermosa rezando, pidiéndole, acaso, á San Antonio, un novio guapo y rico; pero, á pesar de sus alas, no pueden sugerirnos el místico espiritualismo de los celestiales seres pintados por el Giotto y Fra Angélico.

Prescindamos de que, según la pública opinión, fueran estas figuras retratos de damas de la época. Tienen para nosotros un valor documental y simbólico importante.

Son el aspecto más admirable, más encantador del maestro: la mujer madrileña.

Emilia Pardo Bazán, que con Galdós y Blasco Ibañez sigue representando la aristocracia de la verdadera novela española, dijo en un bellissimo estudio acerca de Goya, publicado el año 1906, en *La Lectura*:

«Esa mujer empecatada va á ser el símbolo español; los extranjeros van á sentir la inquietud que emana de ella...»

«Claro que no me refiero exclusivamente á los dos lienzos tanto tiempo escondidos y que hoy lucen en el Museo del Prado (1); me refiero, en general, al tipo de la *Maja*, que bajo el pincel de Goya, reaparece como una obsesión, con su cintura quebrada, su pie airoso, sus ojos nocturnos.»

«Siempre la gentil hechicera parece un sér dañino, casi siniestro, una virtud maléfica de finieblas y pecado, ya guiñe el ojo tras del abanico, ya estire la media de seda sobre el finísimo tobillo y el empeine curvo, ya exhale el desdeñoso «perdone por Dios» á la mendiga que es su propia madre; ya cubierto el rostro con el antifaz de terciopelo y el alma con la nube de misterio que la envuelve, pronuncie el sí y alargue la mano al novio ante el ara.»

ooo

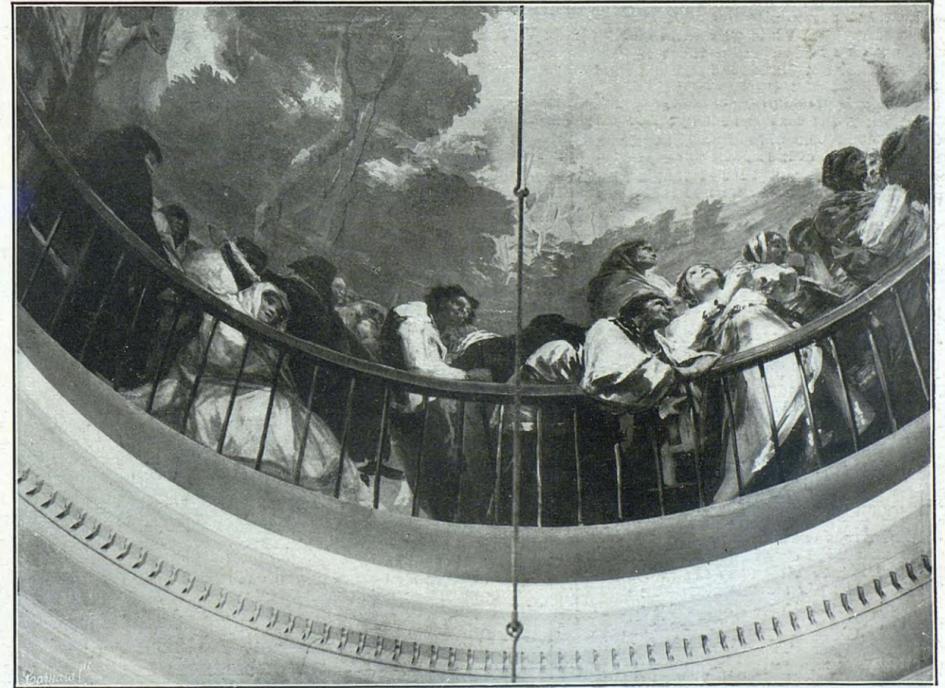
Lector: En esta noche encantada de Junio, al oír el estruendo alegre de la primera verbena, esta maja va á descender de los tímpanos, de los intradós murales de la Ermita de San Antonio y va á salir á las orillas del Manzanares.

Es la misma que vieron Goya y D. Ramón de la Cruz; la que luego habían de ver don Ricardo de la Vega y D. Tomás Luceño, la que más recientemente viera D. José López Silva, y luego de López Silva, nadie.

¡Quién sabe! Acaso haga de tí el saineiro ó el pintor que, inspirándose en ella, amándola, siga escribiendo con sus donaires ó con sus líneas graciosas la historia de la mujer madrileña.

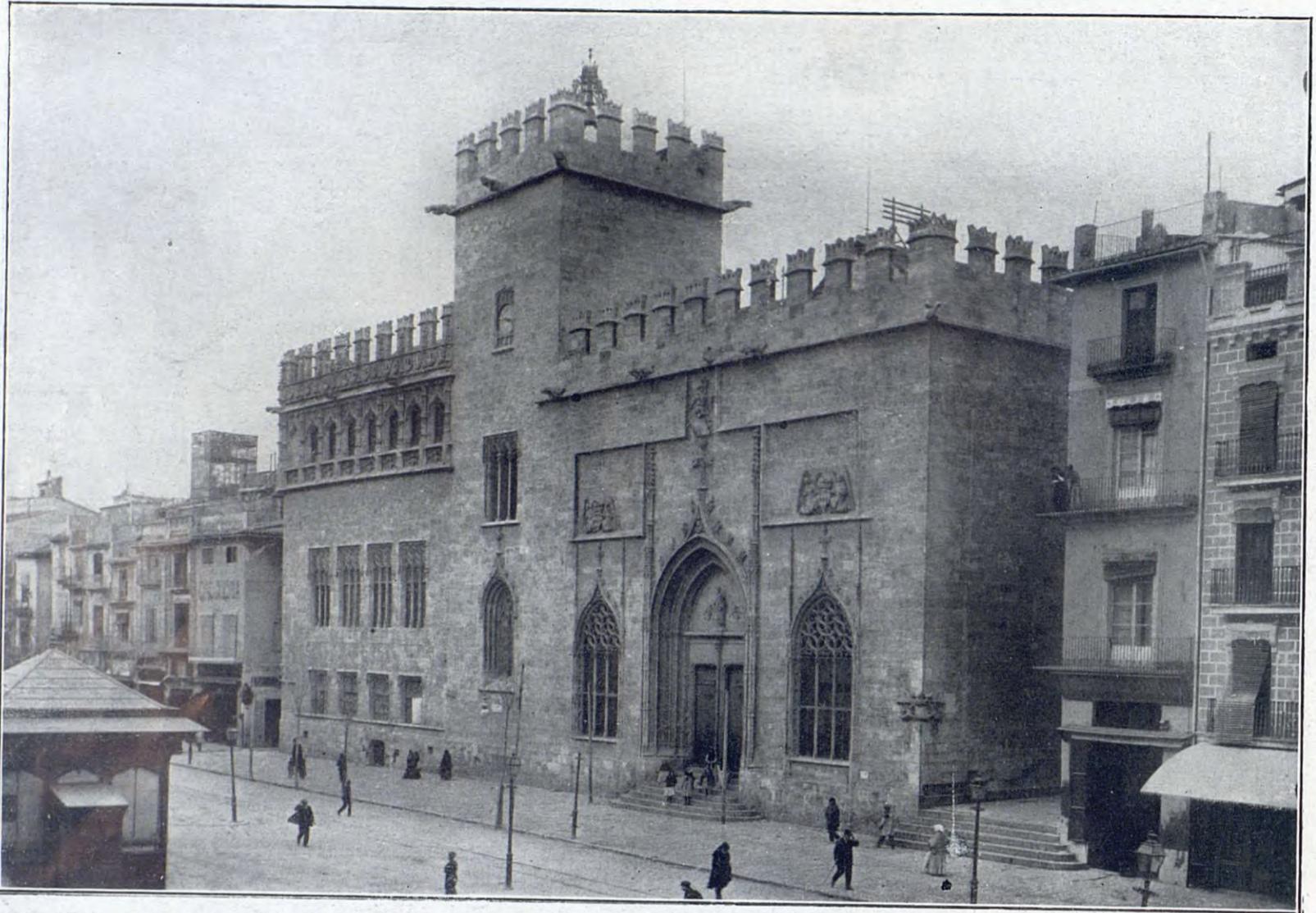
SILVIO LAGO

(1) *La maja vestida y La maja desnuda.*



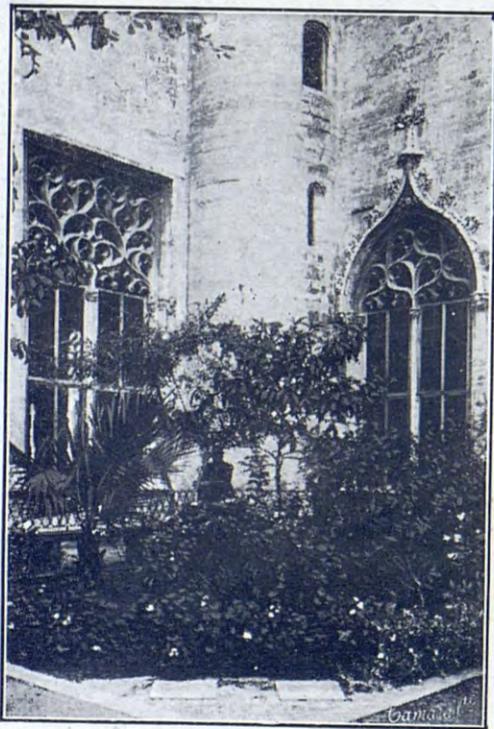
FRESCOS DE LA CÚPULA DE LA IGLESIA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA, DE MADRID, PINTADOS POR EL INMORTAL GOYA

ESPAÑA MONUMENTAL
LA LONJA DE VALENCIA



Vista general de la Lonja de Valencia, donde se verifican las transacciones referentes al comercio de la seda
FOTS. GÓMEZ DURÁN

TIENE Valencia, además de sus flores y de su huerta, monumentos arquitectónicos de valía, y que causan la admiración de los turistas. Uno de ellos es la Lonja, edificio notabilísimo.



Un rincón de la Lonja

del cual podrán formar idea nuestros lectores por las fotografías de Gómez Durán.

Cuentan las crónicas que fué en sus primeros tiempos alcázar de recreo de una infanta mora, hija, según algunos historiadores, de Muley Bufat; según otros, de Ab-Hakem, á fines del siglo x.

Servía de ornato y defensa á parte de la ciudad el alcázar y, un siglo después, el Cid atacó la ciudad por dicho punto.

A mediados de 1469 se acordó construir un edificio para Lonja. Surgieron inconvenientes y, veintitrés años después, en 1492, y en 19 de Marzo, se expropiaron, por 5.075 libras, trece casas, propiedad de los caballeros de Lanoguera, y en 29 de Octubre del mismo año doce casas más por 1.050 libras en la calle «dels Arrocers».

Para dirigir la fábrica se eligió á Pedro Compte, «molt sabut en l'art de la pedra».

Dieron principio las obras en 7 de Noviembre de 1492. Pertenece la obra á la arquitectura gótica, y en sus ángulos campea el escudo de la ciudad.

Son de apreciar las ocho hermosas columnas centrales y la portada que da acceso al jardín.

En la bóveda existe la siguiente inscripción: «Casa famosa soy en quince años edificada. Compatriotas, probad y ved cuán bueno es el comercio que no lleva el fraude en la palabra, que jura al prójimo y no le falta, que no da su dinero con usura.»

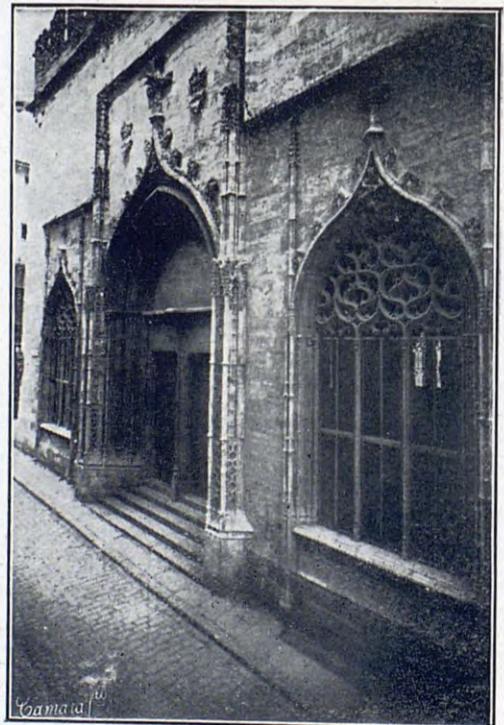
El mercader que sirve de este modo rebosará en riquezas y gozará, por último, de la vida eterna.»

En premio á su trabajo fué nombrado Compte alcalde perpetuo de la Lonja, con el sueldo de treinta libras valencianas.

Después la Lonja ha sido testigo y actor de

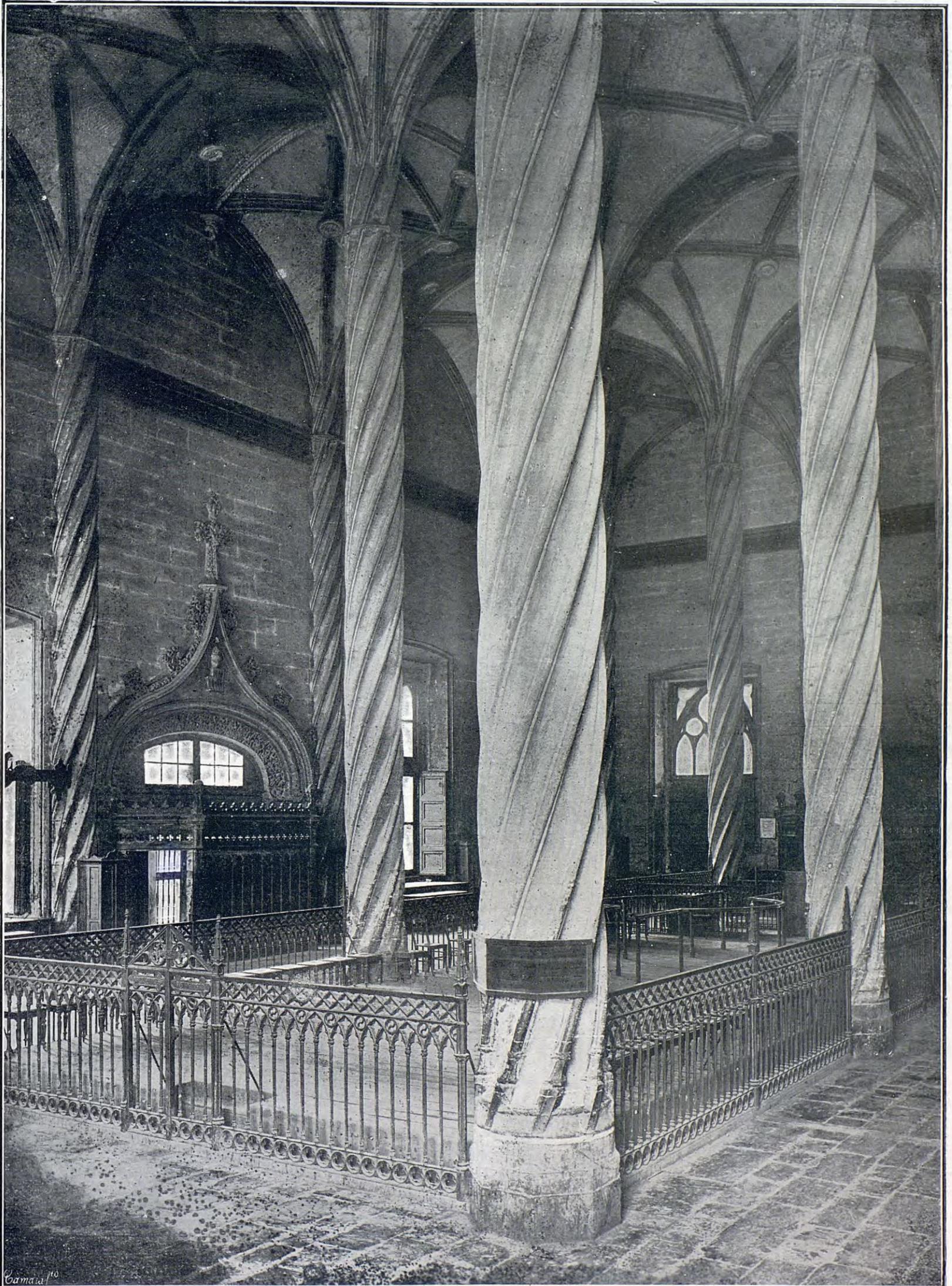
innumerables sucesos políticos, objeto de reparación en años últimos y orgullo de Valencia y gloria de España como maravilloso monumento arquitectónico.

ANTONIO DE MERÁS



Detalle de una de las fachadas

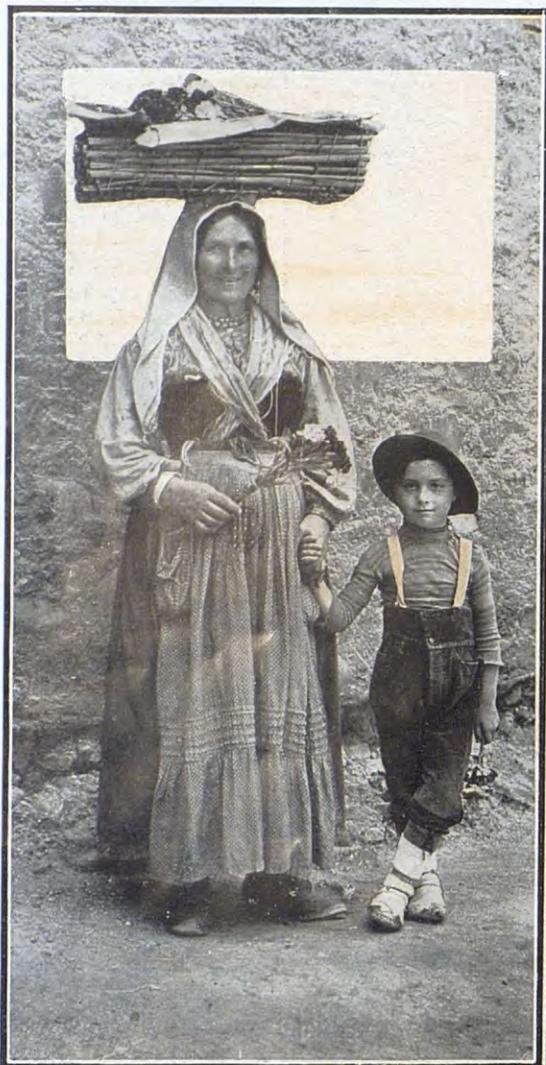
LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



INTERIOR DEL SALON DE CONTRATACIONES DE LA LONJA DE VALENCIA

FOT. GARCIA

• LA TEMPORADA DE PRIMAVERA EN ROMA •



Una vendedora de flores, vistiendo el traje típico de campesina romana

LA primavera es la estación del año en que alberga Roma el mayor contingente de visitantes. Excesivamente calurosa en verano, desapacible y fría en invierno, el turista se abstiene de rendir allí sus peregrinaciones á través del país del Arte, y sólo hace su aparición entre los muros venerables de la ciudad Eterna, cuando las floristas del Corso comienzan á ofrendar á su clientela de artistas y de bellas mujeres, las primeras rosas de sus encantados jardines. Una vieja leyenda atribuye á Florencia el monopolio exclusivo en Italia de las flores y de los pensiles. No es así; Roma también tiene en primavera su fascinación de morena baccante enguirnaldada, y su ambiente de fragancias suavísimas, que flota sutil sobre las Siete Colinas sagradas. Si los jardines de Lúculo ya no adornan el Pincio, terrazas floridas y parques umbrosos extienden sobre la imperial matrona el polícromo y perfumado manto de soberana del Lacio inmortal.

El extranjero en Roma, como suele ir de prisa, espoleado por la actividad reglamentada del *cicerone*, desdeña esos jardines y esos parques, y se sumerge en la contemplación de los cien lugares históricos que atesora la ciudad de los Césares, de sus Museos, de sus templos y sus bibliotecas. Evoquémoslos un momento.

Entre sus templos surge la silueta imponente y maciza de San Pedro, la basílica mayor del mundo, con su cúpula gigante, con sus naves inmensas, en las que espejean los mármoles preciosos y rebrilla el oro de sus retablos, que tallaron ó esculpieron legiones de artistas preclaros. Para el amante del arte escultórico, las galerías vaticanas, llenas de maravillas como el Laocoonte y la Venus vaticana, tienen el perenne encanto de sus tesoros de valor incalculable. En el palacio Barberini sonrre, con expresión indefinible, la enigmática Beatrice Cenci, de Guido Reni, y si acudís al Foro, en uno de esos bellos ocasos de Roma, que han inspirado tantos pinceles, entre los capiteles rotos y las columnas derrumbadas y los frisos hendidos, créese ver desfilar la blanca teoría de las vestales, en pos de la cuadriga triunfal del *Imperator* vencedor, cercada por las legiones victoriosas en Galia ó en Egipto.

Otras siluetas venerables, que al conjuro del recuerdo emergen de aquel sacro suelo que regó, generosa, la sangre de los primeros mártires, son el *Coloseo* trágico, lugar de barbarie y de crueldad, que purificó el sacrificio de millares de cristianos; el Palacio de Nerón, la Columna de Trajano, el Panteón de Agripa, el Arco de Tito, las Termas de Caracalla. Y cuando esas ruinas y esos monumentos augustos que atestiguan el poder de Roma, han pasado ante la atónita mirada, con la majestad de la gloria inmarcesible, aún restan para el peregrino de arte momentos de melancólica evocación en las tenebrosas catacumbas de San Calixto.—A. R.



Dos perseguidores del forastero en Roma, esperando víctimas en la columnata Bernini
FOTOGRAFÍAS DE DONALD

LA TEMPORADA DE PRIMAVERA EN ROMA



UNA DE LAS OBRAS MAESTRAS DEL MUSEO CAPITOLINO.—EL BUSTO CLÁSICO DE JULIO CÉSAR
Constituye esta hermosa obra escultórica, el principal atractivo del peregrino de arte en la Ciudad Eterna

LA REINA DE RUMANÍA

EN el curso de mi vida errante (dice Pierre Loti), me ocurrió una vez detenerme en un castillo encantado, donde habitaba un hada. Aquel castillo estaba situado en un espeso bosque, donde oíanse, constantemente, cornetas militares, de tonos graves, llamar y responderse desde lejos. Estos sonidos extraños al sitio, inesperados, tenían una melancolía especial, parecían mágicas voces, resonando en el aire que allí se respira, ese aire silencioso, vivo y puro de las cimas. Y siempre que lejano escuchó igual sonido, veo en seguida, como si en él estuviera aún, el *boudoir* real (porque el hada de que hablo es al mismo tiempo reina), el *boudoir* real abierto por altos ventanales góticos sobre un infinito de verdes pinos, apretados unos contra otros como en las florestas primitivas.»

Esta impresión del literato francés, vibrante como suya, anuncia la figura de la reina escritora, conocida y admirada en las cortes como Soberana de Rumanía, y en las letras bajo el seudónimo de Carmen Sylva. Nacida en un antiguo castillo de la Prusia Rhenana, cercano al Wied, afluente de la orilla derecha del Rin; fueron sus padres el príncipe Hermann de Wied-Neuwied y la princesa María de Nassau, hermana de la difunta reina Sofía, de Suecia. La infancia de la princesa Elisabeth de Wied fué austera por los sucesivos duelos, que, entristeciendo el hogar paterno, alejaron de él alegrías y placeres, que hubieran distraído a la Princesa de los serios estudios, comenzados desde muy joven. Su afición a las letras apareció temprano; á los diez años, escribía versos, y cuentos en prosa, olvidados pronto porque á la viveza y sensibilidad de su espíritu se hacía necesaria más amplitud de acción. El bullir de su tierna imaginación, era incesante, y cuentan, que algunas noches solía la Princesa despertar, sobresaltada, por las incoherentes quimeras de su inagotable fantasía. Atenta é incansable en el estudio, por árido que fuera, entusiasmábase lo mismo con las matemáticas y la historia, que con el griego y el latín, aprendiendo sucesivamente, también con rara perfección, la mayor parte de las lenguas europeas. En los largos y frecuentes viajes que hizo más tarde con su tía la gran duquesa Helena de Rusia, adquirió extensos conocimientos de las distintas literaturas de cada país, tratando en ellos á las eminencias del saber, logrando de esta manera alcanzar un nivel de ilustración que, servido por sus naturales talentos, realza la figura de la Princesa, revelando en ella una cultura superior, unida á un carácter sensible y noble. Hallándose en Colonia, en uno de sus viajes, conoció al que entonces era príncipe de Rumanía, Carlos de Hohenzollern, quien al verla quedó tan prendado de su belleza que el mismo día pidió, y obtuvo, su mano; celebrán-



LA REINA DE RUMANÍA (CARMEN SYLVA)

FOT. HISPANIA

dose la boda, un mes más tarde, en el castillo de Neuwied. Llevada por su matrimonio á un país que se formaba, despertando vigoroso, ante el ideal de la independencia, negada y combatida durante siglos, por las conveniencias de los poderosos, su alta inteligencia supo comprenderlo, y su corazón de Soberana y de mujer halló ancho campo para consolar, oyendo y atendiendo, sin cansancio, quejas y clamores de justicia y de dolor; secundando la obra regeneradora del Príncipe su esposo, cuyo superior entendimiento, distinguió prontamente en el pueblo que á él se confiaba, las cualidades de raza y la necesidad de encauzarlas en las modernas corrientes, para poder reconstituir, bajo sólidas bases, la nacionalidad rumana. Y tal vez no fuera importuno recordar, hoy día, que lazos de familia unen á las casas reinantes de España y Rumanía, y para demostrar, también, el cariño á su pueblo del rey Carlos; que hubo un momento en los días que precedieron á la guerra franco-prusiana, del 70, en que fué ofrecido el trono de España á este Príncipe, quien contestó, diciendo: «que el amor que tenía á su modesto principado, le impedía aceptar la gloriosa corona de Carlos V». Al declararse la guerra turco-rusa, del 77, el Príncipe de Rumanía acreditó brillantemente su pericia militar, y la princesa Elisabeth demostró igualmente su patriotismo, organizando hospitales, ambulancias y toda clase de socorros que remediaron, aliviando los estragos de la gue-

rra. Y aunque la Historia enseñe, con repetidos casos, que para los príncipes la gratitud no suele crecer lozana en los pueblos, fué el de Rumanía excepción, manifestando, por voto unánime de sus representantes, la proclamación del Rey, celebrándose la coronación en Mayo del 81; la corona del rey Carlos se hizo de un cañón de Plewna; la de la reina Elisabeth, de oro; guárdanse ambas en artística vitrina del salón del trono en Bucarest. Algunos años habían transcurrido desde la llegada de la Reina á Rumanía; la real diadema hubo de posarse sobre albos cabellos que, como ella dice: *Son la espuma que cubre las olas después de las tormentas de la vida*. En el curso de la suya, teniendo que compartir los deberes de un trono, aquellas habrán sido frecuentes, á juzgar por las huellas que dejaron; mas el espíritu superior de la Reina supo salvarlas, reservando íntegro, sin la menor acritud, el tesoro de su bondad exquisita, expresada con melancólica sonrisa, que atrae y encanta á cuantos se le acercan. Refléjase, además, en sus escritos la ternura de sus impresiones, un gran amor por la naturaleza y un sutil pesimismo, lógico fruto de su sombría fe en contacto con la superstición oriental. Los palacios de Bucarest y Constanza son dignos marcos para su figura; el gusto artístico y refinado de los Reyes ha hecho de ellos verdaderos joyas por la armonía del conjunto. La terraza del palacio de Constanza sobre el Mar Negro, da una impresión de infinita calma; allí se comprende la inspiración de la Reina; es el hada del mágico mar, quimera soñada que se realiza al declinar la vida.

El castillo de Sinaia, en los Cárpatos, rodeado de pinos, protegido por altas cumbres, de donde bajan torrentes y cascadas, es un lugar de ensueño, iluminado por el sol de Oriente. Admirables cristalerías de colores tamizan por altos ventanales la luz del interior del castillo, que la Reina habita durante el verano, dedicada á sus aficiones predilectas, la música, la pintura, y muy temprano, antes del día, levántase y escribe esas páginas sentidas, vividas y pensadas, como mujer y como Reina, que son conocidas en todas partes con la firma de Carmen Sylva. Terminamos copiando algunos de sus célebres pensamientos: *La madre es como Dios, se la llama en la desgracia y se la olvida en el placer.—La educación es el arte de conocer nuestro deber y de limitar nuestra libertad.—El amor pide; la amistad da.—La dicha es como el eco, responde, pero no viene.* Carmen Sylva, si no figurara en la Historia como Reina de Rumanía, figuraría siempre como una de las mujeres más notables de su época por su ilustración y talento.

MARICRUZ

Mayo, 914.

LA MODA FEMENINA



Á los adornos de rosas pequeñas, que parecían haber conquistado el gusto para los sombreros de verano, han vuelto á oponer otros modelos audaces las airozas amazónicas, las sutiles *aigrettes* y los grandes lazos de seda ó de terciopelo, rasgando el aire con sus líneas valientes y sugestivas.

Se tiende también á que continúe en auge el sombrero primaveral de la copa de tul abullonada y aparece uno de alta copa, que se confecciona, por regla general, con paja negra de seda y se adorna graciosamente con la sencillez de dos alitas prendidas una á cada lado, en orden invertido, que dan la sensación de un vuelo bruscamente cortado, para rendirse al adorno de la belleza, á la que rinde homenajes el temblor que parece advertirse en la brillantez de las plumas delicadas.

Es verdaderamente encantador este adorno, adop-

tado con unanimidad rara por nuestras elegantes.

También resulta muy recomendable este casco adornado con una gran pluma blanca que sujeta una hebilla, bien negra y bruñida ó de pedrería, colocada sobre los extremos de una ancha cinta ó drapería de seda igualmente blanca que rodea la copa, apoyándose en el ala pequeña y coquetona de este modelo, para el que precisa cierta distinción.

Sin embargo de todo esto el sombrero de verano, más moderno y de mejor gusto, será el recogido, el chiquitín, parco de adornos y sin ostentación de ellos, prefiriendo á los tules gasas, sedas, terciopelos y plumas, las flores menudas, de suave color, que modestamente colocadas bajo las alas, ó confundiendo con los rizos ó los suaves bandos del peinado, se ofrecen á la mirada como una linda corona de rosas.

ROSALINDA

Tres preciosos modelos de sombreros

FOTS. HUGELMANN

LA ESFERA

SUIZA PINTORESCA



BARCA DE PESCADORES EN EL POÉTICO LAGO LEMAN

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



UN CANAL DE VENECIA

Dibujo de Félez

NUESTRAS VISITAS
LA REMONTA MILITAR DE JABALQUINTO



Una yeguada atravesando el Guadalquivir en las inmediaciones de la Dehesa de Iznadiel

ME despertó el toque de diana. Un poco sobresaltado miré en derredor. ¿Dónde estaba?... Todo desconocido para mí. Me incorporé en el lecho y, ayudado por los cuchillos de luz que penetraban por los intersticios de las maderas de los balcones, fui buscando en la habitación... Era espaciosa y tenía dos grandes huecos. Paralela á mi cama había otra idéntica, donde dormía un sujeto... ¿Quién era aquel sujeto?... Los muebles eran de pino; dos armarios, dos lavabos, cuatro sillas y dos perchas. De la que estaba á los pies de mi cama pendía una guerrera de coronel de Caballería y una teresiana. En un rincón había varios sables. Mi ropa yacía amontonada sobre una silla. Fuera, en el patio, jardín ó campo, piaban legión de pájaros; un monorrítmico concierto de aviones, gorriónes, jilgueros y palomas.

Pero, ¿dónde estaba?... Seguía sin conseguir despabilar la memoria. Mi compañero de cuartel se agitó en el lecho, después dió un resoplido y alzó la cabeza. Entonces pude ver que era...

—¡Campúa!—le grité.
—¿Qué hay?—me contestó algo sobresaltado entreabriendo sus párpados cargados de sueño.
—¿Dónde estamos?
—Pero, hombre, ¿no sabes dónde estamos?
—No caigo.
—¡Qué gracia tiene! ¡Pues estamos en... Melilla!...
—¡Caramba! ¿En Melilla?...
—No, espera que creo que no estamos en Melilla. ¡Ah! ¡Ya!... Este es el cortijo que la Remonta militar tiene en Jabalquinto. Se llama «Dehesa de Iznadiel».
—¡Es verdad!—exclamé yo recordando todo.

Y estábamos allí porque, entre los buenos amigos que tenemos Campúa y yo, hay un simpatiquísimo oficial de Caballería que se llama D. Andrés Pérez Peinado. Este bizarró militar, que se ha batido en Marruecos, como los mejores, estaba ahora destinado al cuarto Estableci-

miento de la Remonta, que está situada en el término municipal de Torreblascopedro, á unos ochocientos metros de la estación de Jabalquinto. Hace unos dos meses nos lo encontramos en Madrid.

—Aquello es muy hermoso—nos dijo—. ¿A que no sois capaces de coger el tren y marcharos allí á pasar una temporada?...

Nos miramos Campúa y yo. La invitación era tentadora. Peinado, dueño de nuestra debilidad, insistió:

—¡Ya verás qué bien os sienta!... ¡Qué caramba!... Así descansáis unos días... Allí hay de todo.

—¿Cuál es la mejor época para visitar aquello?...—pregunté yo alentado por la tentación.

—El mes de Mayo—me contestó.
—Pues en este mes de Mayo te prometo que iremos, ¿verdad, Campúa?

—Iremos—asintió mi compañero.

Y llegó el mes de Mayo. Sus últimos días, una tarde de esas que se fienden ansias de aire y de campo, le pusimos un telegrama á nuestro

amigo y, después, nos metimos en el tren pensando en Iznadiel.

Y allí estábamos desde el día anterior.

Mis rememoraciones fueron interrumpidas por unos golpecitos dados en la puerta del dormitorio.

—¡Adelante!...—gritamos á un tiempo Campúa y yo.

Era un soldado.
—Buenos días. ¿Desean los señoritos que le *sepille* la ropa?...—nos preguntó con marcado acento andaluz.

—¿Qué hora es?—le pregunté.

—La seis...

—Caramba, ¡es muy temprano!

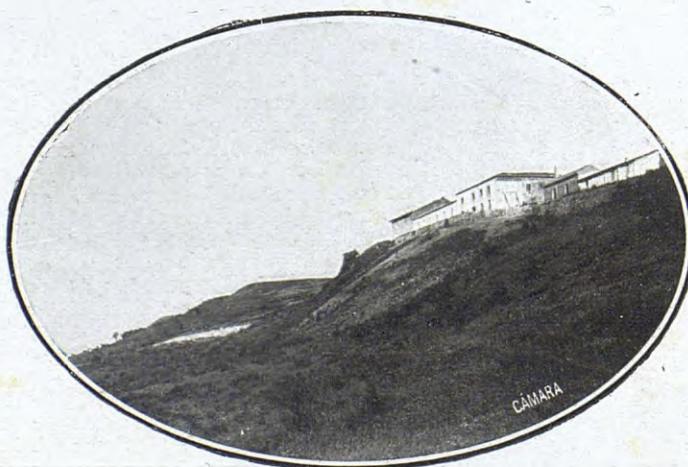
—Ya se han levantado el capitán Bello y el teniente Peinado...

Era una razón.

Nos cepilló la ropa y saltamos de la cama. Yo abrí uno de los balcones. La luz entró á raudales, lastimando nuestra vista. Ya era el cielo un manto de azul cobalto, salpicado con algunos vellones de blancas nubes que se ensanchaban y parecían andar lentamente. Allá, á lo lejos, sobre un cerro, se alzaba Jabalquinto, como un montón abigarrado de casas rodeando una torre. Delante de nuestros balcones, en el patio del cortijo, varios soldados traginaban, trayendo agua, ensillando caballos, limpiando potros. La falda del caserío se extiende en hondonada y poco á poco se abre la amplia hoja de la vega, sembrada de cebada y habas. La tierra es rojiza, y allá en el fondo, pasa el río Guadalimar, custodiado por una doble fila de álamos, que agobiados sobre las márgenes del río, parece que quieren mirarse en las serenas aguas.

Eran las siete. Un tren resbalaba raudamente por la campiña, como una franja negra, escoltada de humo. Conmovía los campos. ¡Bellísimo aquello!...

Ya en el lindo comedor nos esperaban los capitanes Bello, Abreu, Ledesma y nuestro amigo Peinado. Se cruzaron unas



Finca donde está establecida la Remonta militar en Jabalquinto



Un caballo en barcaza, atravesando el río Guadalquivir



Reconocimiento de un caballo dedicado a la Escolta Real

cuantas bromas. Donde hay militares hay alegría. Todos eramos jóvenes.

—Mi capitán—le dije á Bello.—¿A qué hora se toca diana?...

—A las cinco. Qué, ¿se despertó usted?...

—Sí, señor... Y yo le agradeceré que dé orden de que mañana la toquen con violín.

Rieron la chirigota.

—A desayunar—gritó el capitán Ledesma, gentil y simpático.—Que los caballos están en sillados esperándonos para dar un paseo.

Yo tomé asiento al lado del capitán Bello. En el centro de la mesa había un gran timbal de migas á la andaluza.

—Cuánto va á sentir el coronel Noguera, no haber estado aquí—dijo el capitán Bello.

—¿Dónde está?...—pregunté.

—En Sevilla, comprando ganado. Como es el que manda este establecimiento, y es persona muy competente para esta clase de servicios, él mismo va á las ferias á hacer la selección de potros.

—¿Entonces, ahora el cortijo está á cargo de usted?—inquirí.

—Sí, señor... Cada año está á cargo de un capitán, llamado «de campo», el cual dirige las faenas agrícolas con arreglo á las órdenes que recibe de los jefes del establecimiento. Este año estoy yo de servicio.

—¿Qué personal tiene usted á sus órdenes?...

—Un oficial, que es el amigo Pérez Peinado; un profesor veterinario, un brigada, y entre sargentos, cabos y soldados unos ochenta hombres.

—¿Entonces en esta dehesa se crían todos los caballos del ejército?

—No, señor, se cría la cuarta parte; porque hay tres análogos á éste. Aquí todos los años compran alrededor de cuatrocientos potros, de dos y tres años, los cuales, al cumplir los cuatro, son destinados á los regimientos de caballería por la Dirección de la Cría Caballar y Remonta, de quien depende esta clase de establecimientos. El ganado aquí está dividido en grupos de setenta á ochenta y cinco caballos, llamados piaras, que están á cargo de un cabo-mayor y tres soldados-potreros. Para las faenas agrícolas tenemos catorce yuntas de bue-

yes, recolectándose abundantes cosechas de cebada, habas y yeros, que cubren en parte las necesidades del cortijo.

—¿Y ganado lanar?...—pregunté.

—También tenemos, unas cien cabezas de ovejas y corderos. El ganado pasa invariablemente todo el tiempo en el campo, de día y de noche: así adquiere la fortaleza y sobriedad, tan necesaria al caballo de guerra, dando después excelentes resultados, como lo prueba la campaña de Marruecos, donde el número de bajas es muy pequeño, comparado con las penalidades que tienen que sufrir.

—¿Y este cortijo qué extensión tiene?

—Unas dos mil fanegas aproximadamente.

—¿Es propiedad del Estado?...

—No, señor; es de un particular y el Estado lo tiene en arrendamiento.

El timbal de migas quedó desecho. Encendimos unos cigarros y bajamos al patio. Allí, el profesor veterinario, D. Tomás López, con un delantal de dril puesto, estaba vacunando las ovejas.

—Esta vacuna es contra el carbunco—me dijo Bello.

La operación era sencilla. Dos soldados cogían de la manada una de las ovejillas que balaban plañideras, la sujetaba por las patas y el profesor le inyectaba en un muslo el suero. Un segundo en cada una. El coro lastimero era ensordecedor.

—Este caballo es para tí—me dijo Peinado.—Se llama «Huracán»; corre mucho...

Era un alazán cruzado, largo y alto. Tenía la cara alegre, y traginaba con los dientes por inutilizar el filete de acero... ¡Bonito caballo! Monté. Ya los demás partían en fila, y yo los seguí.

—Vamos al río á ver pasar la yeguada—propuso Ledesma.

—Vamos...—dijimos varios.

El campo era aquel día luz, serenidad, perfume, esplendor. Las amapolas saltaban en el suelo como gotas de sangre... El jaramago triste y amarillo las acompañaba...

Llegamos al río... Había que atravesarlo por el vado...

—Seguidme á mí—gritó Pérez Peinado desde su caballo—y no miréis á las aguas...

Uno tras otro fueron entrando los caballos en el río... Braceaban ruidosamente sobre las aguas, levantando montones de espuma. A la vista, la corriente al deslizarse brava bajo nuestros pies, daba la sensación de arrastrar al caballo; pero no, los caballos seguían caminando seguros por el vado.

—No os echéis á la derecha—gritaba el oficial.

Por fin llegamos á la orilla. Allí pastaba la yeguada. Al acercarnos, casi todas las bestias levantaron la cabeza y nos miraron con atención... Había preciosos ejemplares.

—¡Que pasen el río!

El potrero les dió unas cuantas voces.

—¡Ale!... ¡Ale!... ¡Ya... ya... ya!

Sonaron los cencerros... Estaban un poco reacias, pero al fin saltó una al agua y tras ella todas las demás. ¡Más de ochenta yeguas atravesando el río! Iban á nado hundiendo el cuerpo en las aguas, todas muy juntas, como una superficie de cabezas que llenara el cauce.

De allí fuimos á visitar las ovejas, el rebaño dócil y quejumbroso que, apiñado, se extendía en el valle como una enorme piel de lana sobre la esmeraldina alfombra de la vega.

Y como cuando recordamos era la hora de yantar, á buen galope de nuestros corceles, tornamos al caserío.

—¿Qué le ha parecido á usted?—me preguntó el capitán Bello.

—Es tan grata la impresión que me ha producido todo ésto, donde se advierte el más escrupuloso desvelo de los que lo dirigen, que escribiré algo sobre Iznadiel—contesté.

—¡No, eso no!—protestó Pérez Peinado.—Tú no has venido aquí más que á distraerte unos días.

—Mi más agradable distracción es escribir con sinceridad lo que siento...

—¡A comer!—gritó Ledesma—, que nos espera un banquete dirigido por el acreditado sibarita Pérez Peinado...

Y nos sentamos á la mesa.

EL CABALLERO AUDAZ



Los jefes y oficiales de la Remonta de Jabalquinto, acompañando á «El Caballero Audaz» al vadear el río Guadalimar FOTS. CAMPÚA

CRÓNICA



TEATRAL

El balance de temporada del Teatro Español no puede ser más desastroso. Queda comprobado que el primer coliseo de la Nación, languidece y se marchita sin actores, sin dramaturgos, sin obras...

Los chicos de La Calle, que son un delicioso «vaudeville», han sido el punto culminante de la temporada y la tabla de salvación de la Empresa. O los actores no quieren hacer obras de autores noveles, ó no hay autores noveles. O no quieren los consagrados brindar sus partos á nuestro primer coliseo... ó la Dirección rehuye á los consagrados. No hay escape en el dilema...

Que hay autores nuevos llamando con fuertes alabonazos á las puertas del teatro nacional—como D. Pablo Iglesias á las puertas de la revolución—, es indubitable. Pero les ocurre lo mismo que al jefe socialista: la revolución no responde y el Teatro Español permanece mudo y hermético... cerrado á piedra y lodo, como un mesón del camino en épocas de guerra y asolamiento.

Autores noveles, yo los conozco y he leído sus obras y sé que vale la pena de exponerlas al público. D. Javier Valcarce, *cavaliere servente* y fidelísimo de Madona Poesía y de Monseñor Apolo, artífice del idioma y alquimista sutil de la emoción, ha escrito una maravillosa comedia á la moderna, de estas que ahora han dado en llamar *dramas*, apenas asoma el más leve conflicto... Pues, el Teatro Español ha estancado la obra largo tiempo y acabó por no darla.

No es decoroso que un crítico hable de sí mismo, y menos de su obra de creador; pero yo mismo si hubiese visto otro aire y otros rumbos en el Teatro Español, tal vez hubiera entregado una obra que medité en el alegre París y compuse en el lluvioso Bilbao, en largas tardes de hastío, entre las cuatro sórdidas paredes de una habitación de hotel...

¿La hubieran estrenado? Probablemente no. Y conste que no hablo por despecho, pues ni siquiera indiqué la presentación, y D. Sinesio Delgado me sea testigo. Me bastó ver el rumbo que tomaba la Empresa para no depositar en ella ni mi confianza ni mi obra. Porque el crítico ha de ser á veces como el meteorólogo, que olfatea las tempestades... De mi obra no he de decir si estaba bien ó mal; pero de la de Valcarce, juro en Dios y en mi ánima que era un portento de diálogo y una filigrana de psicología; sus tres actos están compuestos con toda maestría y con arreglo á todos los preceptos del arte, que no es poco en estos tiempos de dislocación y acracia estéticas.

Se estrenó, en cambio, un graciosísimo «vaudeville», *Los chicos de La Calle*. Libreme Dios de recriminar á sus autores, los simpatísimos autores cómicos, García Alvarez y Plañol, cuanto más que yo me regocijo, en extremo, con esta suerte de obras, y sería necedad, á más de ingratitud, condenarlas, como la de aquel que convidado á comer sabrosos platos de la tierra, maldijese luego del anfitrión... porque no le había dado faisán...

Tengo el teatro de García Alvarez y el de Arniches por uno de los más regocijados motivos de vivir en España; y solaz como el que me proporcionan *El amigo Melquiades* ó *Los chicos de La Calle*, ciertamente que no me lo ofrecen *En familia* ó *Nunca es tarde*, de D. Alberto Insúa, ni todas las comedias que este señor pueda estrenar... Pero naturalmente, quiero el teatro de García Alvarez en su propia salsa, esto es, en su ambiente. *Los chicos de La Calle* en el Teatro Cómico... cosa rica. Sígase entendiendo que no culpo á García Alvarez de la fechoría, sino á la Empresa del Español. El simpático é ingeniosísimo coautor de *El pobre Valbuena* tiene derecho á estrenar sus obras donde bien le plazca; sería tan absurdo negarle ese derecho como reprochar al maestro Penella que osase estrenar en el Teatro Real una zarzuelita. ¿Pero se la estrenará el Teatro Real? *That is the question...*

El estreno de *Los chicos de La Calle* en el Teatro Español, es un síntoma de la decadencia escénica. ¿Se puede seriamente hablar ya en lo futuro con esa prosopopeya que es vicio tan español, de «nuestro primer coliseo nacional»? Tomás Borrás, que es uno de los pocos críticos agudos del crítico cotidiano, que nos quedan, escribió al día siguiente en *La Tribuna*, un artículo, abundando en este sentir.

¿Qué puede dar como pretexto de temporada al Teatro Español cuando le ponga punto final, que ha de ser muy pronto? Como obra que responda á la tradición sería y pura de la Casa, *La Hiedra*, de

Marquina y nada más. No he de repetir mi juicio sobre ella, que ya expuse á su debido tiempo.

ooo

Para destruir la realidad ingrata de la decadencia de nuestro primer coliseo, pensemos—como en una utopía—en la creación del teatro poético... Precisamente sobre este asunto, ha disertado en un libro reciente, al cual quiero referirme, el doctísimo crítico D. José Rogerio Sánchez, autor ya estimado de la gente leída, por anteriores obras, algunas tan interesantes como la *Historia general de la literatura y Autores Españoles é Hispano-Americanos* (Estudios críticos).

Catedrático prestigioso, D. José Rogerio Sánchez no ha querido encasillarse en la fría rigidez del magisterio ni entregarse por entero á la historia li-



MLLE. KARINA
Bella artista rusa

teraria, sino que ha pensado en hacer crítica y crítica actualista y palpitante, de la que levanta ampollas ó provoca halagos... Y ha escrito un libro interesante y documentado, con algunas afirmaciones inexactas y excesivas, pero en su fondo, justísimo y sereno. Titúlase el libro *El Teatro poético* (Valle Inclán-Marquina)—Madrid MCMXIV—y fué anteriormente conferencia pronunciada en el Ateneo.

Quando hablamos de teatro poético, no entiende el Sr. Sánchez, como no entiendo yo tampoco, aquella jerga poética, residuo vergonzante de los siglos de oro, apegado á las épocas de decadencia, y que el mismo Boileau, tan rígido preceptista, execraba, cuando decía: «Fatal laurel, bello astro... y se llama á esa jerga belleza poética...» Tampoco es el vano fantasear de cuatro poetillas sin sentido de la realidad. El teatro poético ha de tener las alas tendidas al cielo; pero un pie puesto en la realidad... para no perder el contacto con la tierra. Como que el drama poético brota directamente de la novela realista del siglo XIX, tal como el drama poético puede hoy concebirse...

Hay una conexión estrecha entre la novela realista y el drama. Si la curiosidad del hombre por el hombre es lo que nos hace amar el drama (como pensaba Saint-Marc Girardin) no es extraño que por el mismo interés humano, ese interés que explica muy bien el yambo latino.

Cuivis potest accidere quod cuicam potest... nos emocione la novela, que es drama menos desarrollado y más simplificado por la narración...

Todo esto es descubrimiento estético de los críticos modernos, de los cuales reniega un poco—siendo él uno de ellos ¡cosa extraña!—el autor de *El Teatro poético*. Pues yo le digo al Sr. D. José Rogerio

Sánchez, que sin los críticos, el Arte estaría retrasado y á la mitad del camino de su evolución. Ellos son los que, explicando, interpretando y estilizando á los creadores, han dado impulso á las artes.

José Rogerio Sánchez, en su curioso y documentado libro, que tales atisbos críticos tiene, niega, sin embargo, la eficacia y valor de la crítica. «La crítica es llamada sacerdocio y su augusta misión se preconiza en voz alta, pero hay una verdad indiscutible que desautoriza en gran parte á los aristarcos. Ella es que la crítica, en general, es una manifestación literaria, á la cual nos acogemos los incapaces para otra más creadora producción, y siendo esto así, ¿cómo se va á pedir al crítico que tenga alas en su genio para volar sobre la corriente vulgaridad?» (*El teatro poético*, p. 17.)

Perdóneme mi docto amigo que se lo diga: esto podrá ser una confesión autobiográfica, ó mejor aun, *autocrítica*; en modo alguno puede establecerse como norma general y reguladora. Hay muchos críticos que pueden envanecerse de ser creadores; críticos en horas de estudio, creadores en horas de inspiración. Sainte-Beuve podría ser un ejemplo; entre nosotros bastaría recordar á Clarín.

Hay una especie de críticos que no son críticos por incapacidad de creación, sino por sobra de cultura, que necesitan verter sus opiniones sobre los hombres y las cosas de su tiempo, porque rebosan en ellos juicios y atisbos exactos. En general, se tiende á la crítica á medida que se adquiere cultura. Todo creador, cuando se empapa de conocimientos literarios, extravasa en crítica como un vaso demasiado pleno...

¿Qué gran creador, aunque no haya sido profesional de la crítica, no ha sido á ratos perdido—es decir, ganados para la historia literaria—, un tanto crítico? Lo fué Goethe en sus *Conversaciones con Eckermann*, donde expuso opiniones, á veces audaces, sobre los hombres de Alemania. Lo fué Flaubert en su *Correspondance*, y, crítico sagaz y menudo, aunque á veces tan desacertado como al juzgar á Stendhal, que había de ser consagrado años más tarde, y de cuya obra maestra (*Le Rouge et le Noir*) decía, con frase que hubiera irritado á Taine, idólatra de Henri Beyle: «Yo encuentro eso mal escrito é incomprensible como caracteres é intenciones...», anticipándose así al juicio contrario de la posteridad, ó juzgando á Bossuet, á posteriori, con esta descarnada frase: «No leáis la *Política sacada de la Sagrada Escritura*. El águila de Meaux me parece decididamente una oca...»

Crítico es entre nosotros, aunque sea solamente en sus coloquios amenos y sustanciosos—que todavía no han tenido un Eckermann que los recoja—nuestro gran D. Ramón María del Valle-Inclán, uno de los indiscutibles creadores del teatro poético en España, y al cual concede José Rogerio Sánchez el lugar que por sus obras merece. «¡No poca sorpresa causaron las obras primeras de Valle-Inclán!... Grave injusticia se cometió con él y, sin embargo, todo aquel esmero en el lenguaje, toda aquella sobriedad en la expresión, todo aquel empaque de viejo y noble que habla un poco triste por el abandono en que se ve en el apartado palacio solariego, todo ese lujo falta y fué medicina y mano de santo para que los escritores, siquiera los que comenzaban, pusieran freno á aquel arrastrar nuestro idioma literario por callejuelas y cantones, para servir de expresión á todas las inculturas y á todas las groserías ruines, que también de aquellas primeras las hay exteriores y rudas, y no declina, y por ende muy aprovechables como elemento estético.» (*El teatro poético*, págs. 31 y 32.)

Nada más exacto que este juicio sobre Valle-Inclán, como nada más exacto que el juicio crítico sobre Marquina, y en especial sobre *Las hijas del Cid*, obra de la cual dice con razón: «*Las hijas del Cid* valdrán poco ó valdrán mucho literariamente...» (Que valen mucho digo yo, y bastaría recordar la intensa evocación poética de la primera escena.) «Pero, teatralmente, es la obra hasta hoy que, con tal asunto, tiene menos de lírica; es absolutamente dramatizada, aunque es teatro poético dentro de la convencional significación de esta frase.» (*El teatro poético*, pág. 65.)

Conforme en absoluto con este juicio exacto de la obra de Marquina, así como con la punzada irónica á Fitmaurice-Relly, meritísimo hispanófilo, pero que, á veces, dormita lamentablemente..., sobre todo, al inzgar á los contemporáneos.

Andrés GONZALEZ-BLANCO

ESPAÑA EN
INGLATERRA

EXPOSICION DE TURISMO EN LONDRES

HACÍASE indispensable si la organización que tiene a su cargo el fomento del turismo en España, y que preside el marqués de la Vega-Inclán, ha de cumplir uno de sus principales fines, como es el de la propaganda de las innumerables bellezas arquitectónicas, artísticas y naturales de nuestro país, que en uno de los grandes centros de Europa se hiciese pública y bien estudiada manifestación sintética de lo que el país del Cid y de Don Quijote puede ofrecer a la mirada curiosa ó investigadora del viajero. La empresa era, sin duda, ardua, pues se corría el grave peligro de caer en el *pastiche* vulgar, en la imitación seudo pintoresca, que contribuyese á perpetuar en el extranjero esas tradiciones de pandereta y abanico, que tanto se asemejan á la España real como el cromo industrial al cuadro creado por un verdadero artista.

Ese intento, en manos de una inteligencia vulgar, habría sido un grande é inevitable fracaso. Por fortuna, se encargó de su realización un hombre como el marqués de la Vega-Inclán, cuyas elevadas dotes de inteligencia y extraordinaria cultura artística, son bien conocidas, y el actual certamen de *Earl's Court*, de

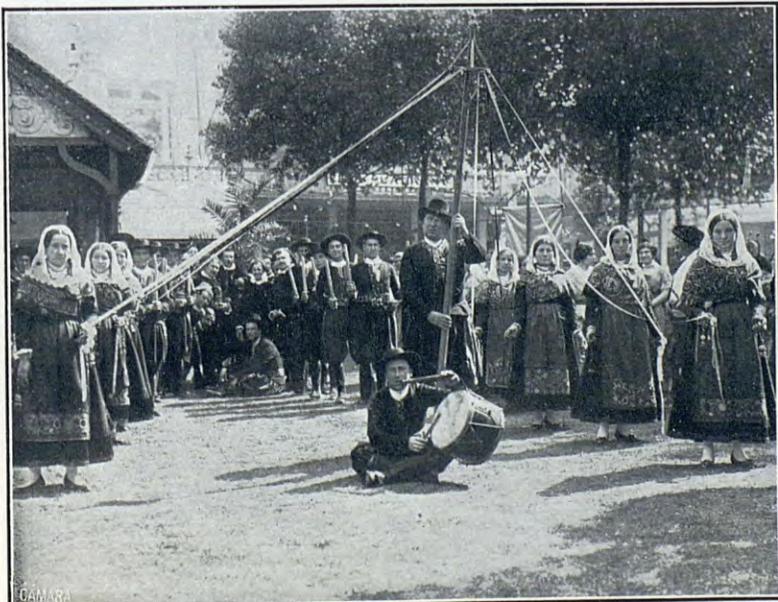


Baillarinas sevillanas que tomaron parte en la fiesta inaugural de la Exposición española de Turismo que se celebra actualmente en Londres

Londres, es no sólo el éxito más completo de la presente *season*, la *great attraction* de la vida londinense en estos momentos, sino la mejor y más decisiva propaganda realizada hasta ahora en pro de la visita á España.

La Exposición lleva el nombre de *Sunny Spain*, nombre bien atractivo para todo britano, cuya vida transcurre entre las brumas del septentrion. Y esta dorada visión de la *Soleada España*, la tienen las muchedumbres londinenses, sugestiva y completa, en el grandioso *hall* de *Earl's Court*. Allí se extiende su panorama gigante, pintado bajo la dirección de Amalio Fernández, y en el que se combinan armoniosamente treinta y tres paisajes distintos de provincias españolas, con sus principales aspectos característicos.

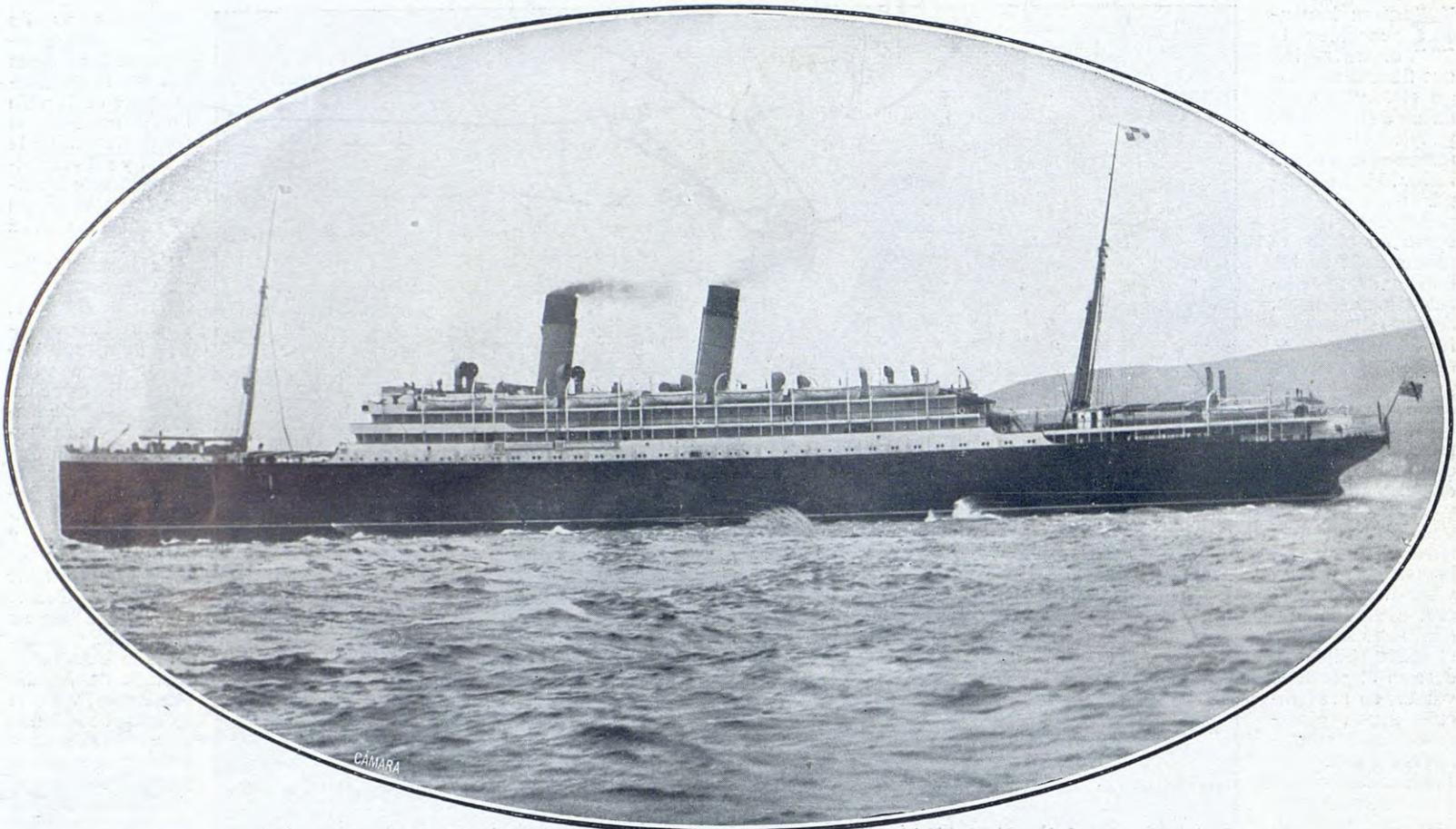
Es el total *escenario* hispánico, al que dan vida y expresión comparsas llegadas de todas las regiones españolas. Estos grupos regionales, ataviados con su indumento característico, cantan y bailan por turno en inmenso escenario situado en el centro del *hall*, ante el que se eleva majestuosamente una exacta reproducción de la monumental puerta del Puente de Córdoba.



Maragatos en sus típicas danzas

FOTS. ALPIERI

EL NAUFRAGIO DEL "EMPRESS OF IRELAND"



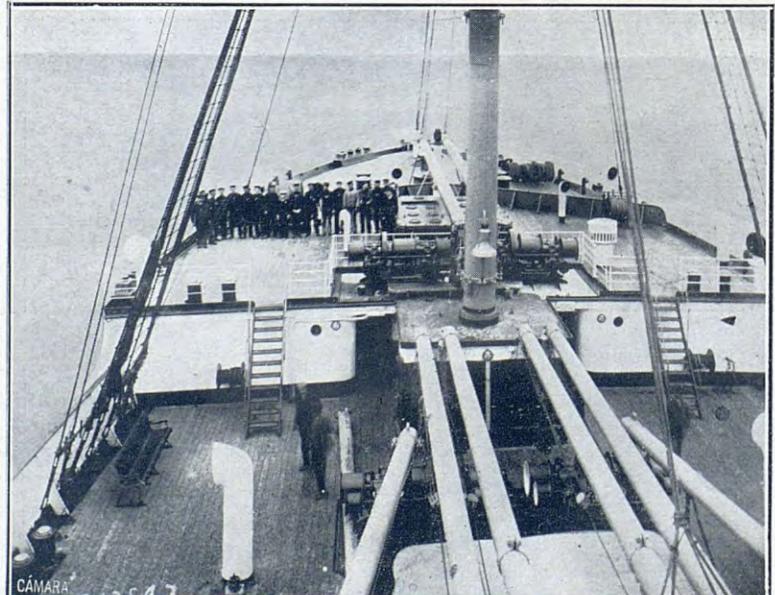
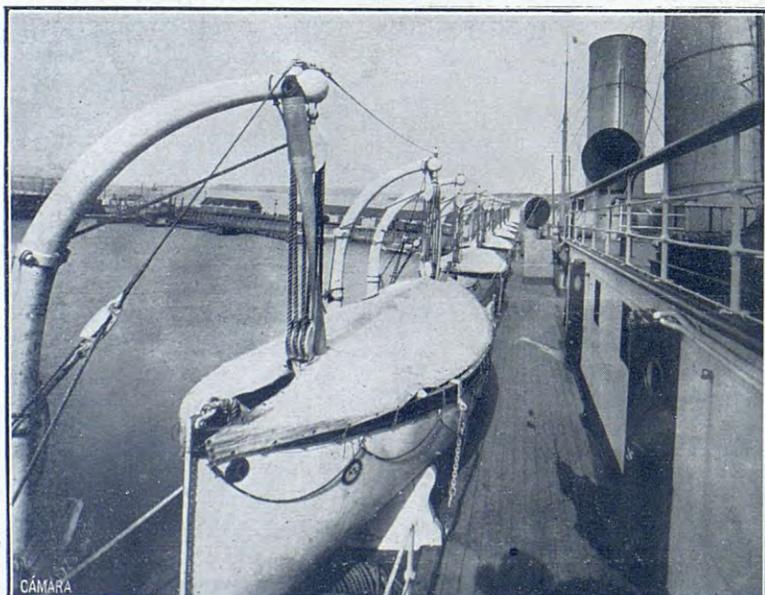
El trasatlántico inglés "Empress of Ireland", que fué echado á pique en el río San Lorenzo por el buque carbonero "Storstad"

Desde que la navegación de altura ha perfeccionado sus modelos de grandes buques de transporte, así como los medios de propulsión y de salvamento, parece como que el ciego azar se complace en poner de manifiesto la insignificancia de las grandes creaciones del hombre ante los inescrutables decretos del destino. Ahora, en el corto espacio de dos años, dos catástrofes gigantes, la del *Titanic* y la del *Empress of Ireland*, con su millar de víctimas, demuestran que si hoy los furios del mar acaso son ya impotentes contra esas enormes masas de los trasatlánticos modernos, en cambio puede haber siempre un ciego ejecutor de supremas voluntades en cada *iceberg* flotante, en cada *derelicto* á la deriva, en cada arrecife surgiendo del fondo del Océano á impulso de las fuerzas volcánicas, en



G. H. KENDALL
Capitán del "Empress of Ireland"

cada barco envuelto traidoramente por la bruma, como ha ocurrido en este horrendo choque de los vapores *Empress of Ireland* y *Storstad* en la tranquila desembocadura del río San Lorenzo y á cortísima distancia de la costa canadiense. La catástrofe ocurrió el 29 de Mayo, poco después de la media noche, apenas se habían retirado los pasajeros á sus camarotes, luego de solazarse en el salón de música, oyendo las dulces armonías de la Banda de la *Salvation Army*, que regresaba á Inglaterra. La embestida del *Storstad* fué formidable. Tomando de través al *Empress of Ireland*, con el empuje de sus 6.000 toneladas, á las que se sumaban las 12.000 de su carga de hulla, abrió enorme brecha en el trasatlántico, que hubo de irse á pique en el corto espacio de veinte minutos.



Detalles de la cubierta del "Empress of Ireland"

FOTS. HUGELMANN

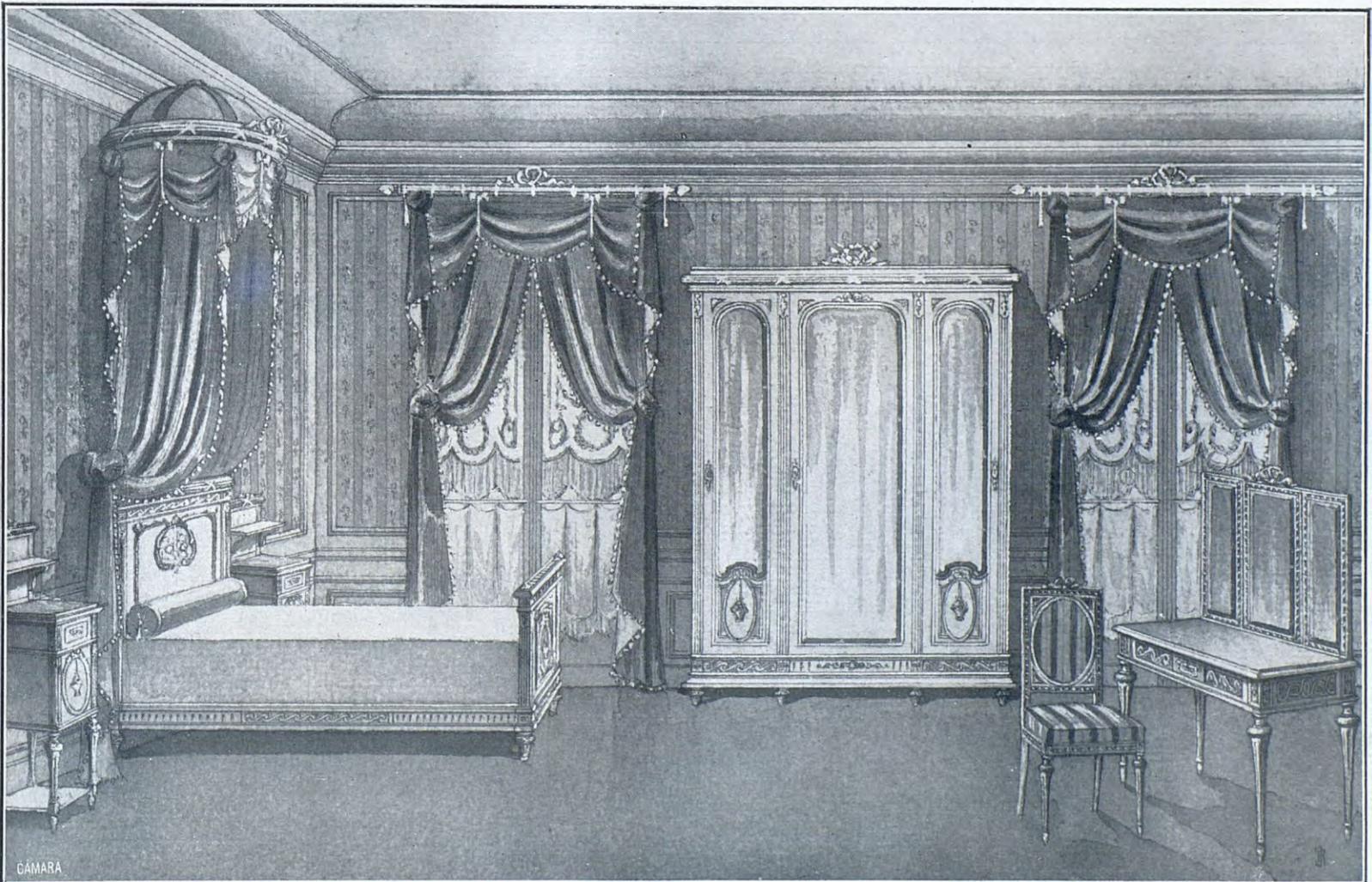
Baronnie

EL MÁS
DELICIOSO PERFUME
DE MODA

GELLÉ FRÈRES
PARIS



SANTOS RIESCO — 35, ALCALA, 35



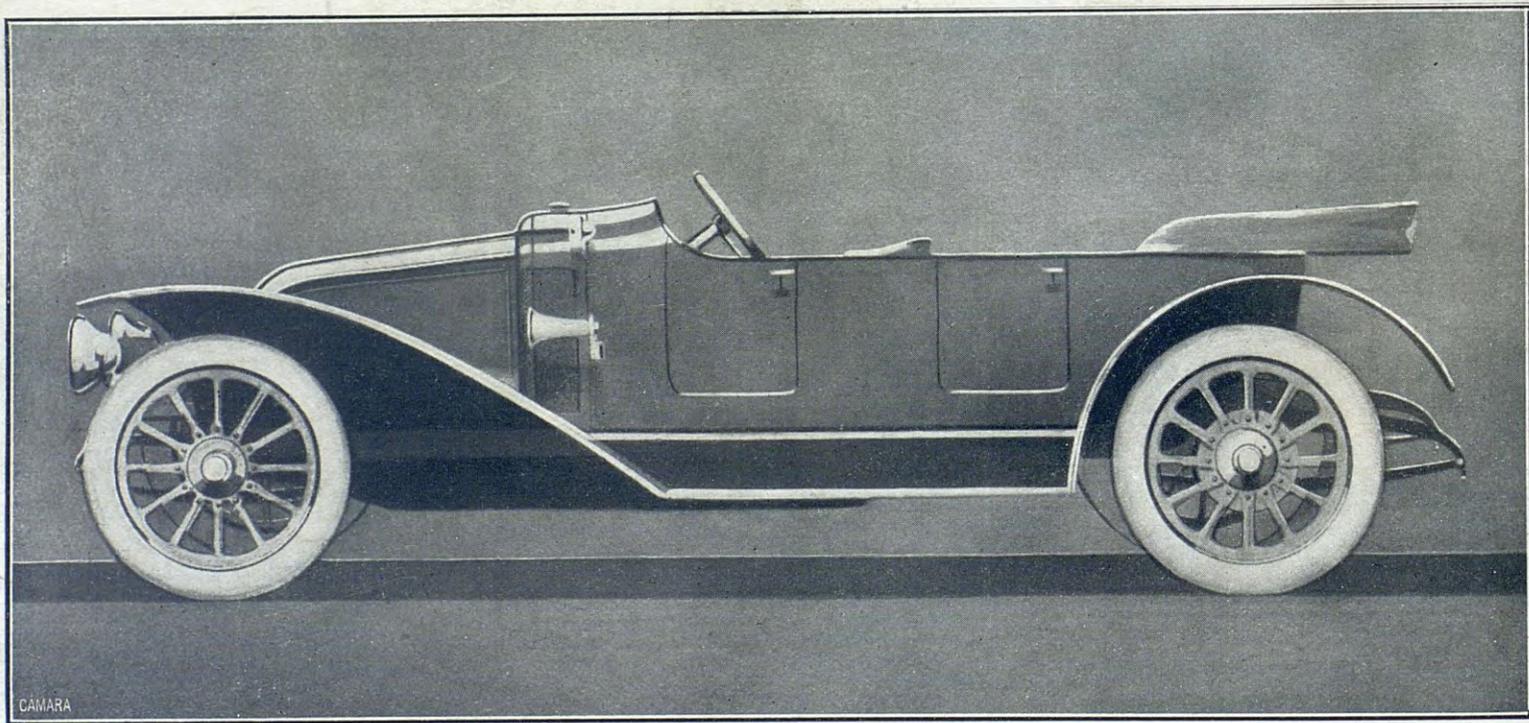
Patentes en muebles de cristal y colgaduras de encajes. ◻ Grandes premios. ◻ Traslado á Pelíeros, 20, hasta que terminen las obras del nuevo local en la Gran Vía



AUTOMÓVILES

Renault

PROVEEDOR DE LA REAL CASA



CÁMARA

TALLERES Y GARAGE:
AVENIDA DE LA PLAZA DE TOROS, 9
Teléfono 1.404

SALÓN DE EXPOSICIÓN:
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 23, MADRID
Teléfono 1.415



10/157